

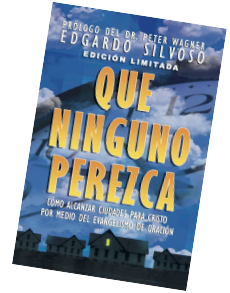


EVANGELISMO DE COSECHA presenta  
**La Escuela de Transformación**  
con Edgardo Silvoso

*LECTURA para Semana 2:*

## ***EL CAMPO DE BATALLA SE ENCUENTRA EN LAS REGIONES CELESTIALES***

**Capítulo 3** del libro **QUE NINGUNO PEREZCA** por Edgardo Silvoso  
*Usado con permiso del autor*



**PRINCIPIO:** *Para poder llevar el evangelio a toda criatura, la Iglesia debe luchar contra las fuerzas de maldad. El campo de batalla donde se entabla esa lucha son los lugares celestiales. Es allí donde se gana o se pierde la guerra por nuestras ciudades y por eso resulta de capital importancia saber qué son y dónde están.*

Imagínate por un momento al mejor soldado comando del mundo. Ha sido entrenado por los mejores expertos en tácticas, estrategias, artes marciales y supervivencia. El equipo con que él cuenta es la última palabra en tecnología bélica. Tiene a su disposición las miniaturas electrónicas más sofisticadas y su arsenal cuenta con las armas más letales que el hombre haya sido capaz de fabricar. Su mente ha asimilado al máximo posible la información en cuanto a todos los aspectos de la misión que debe llevar a cabo. Este soldado comando es lo más parecido que existe a una supercomputadora. Miles de horas y millones de dólares se han invertido para convertirlo en el guerrero más eficiente del mundo.

Observémoslo ahora en su último día en un pueblito cualquiera del Tercer Mundo. Mañana será trasladado al frente de batalla, pero hoy está tranquilo y relajado, gozando de un trago, sentado en una mesa en la terraza de un café. Le resulta fácil sentirse relajado mientras descansa a la sombra de las palmeras que se mecen perezosamente al ser acariciadas por la brisa que sopla desde el mar cercano. Rodeado de tantas caras amistosas y sonrientes, le es difícil creer que a pocos kilómetros de allí hay una cruenta guerra que, en ese mismo momento, está costando cientos de vidas. Más que difícil, le resulta imposible pensar en la cara cruel de la guerra cuando todo a su alrededor es tan halagador. Por esa razón, se ha dispuesto a gozar de cada minuto de este último día de franco.

A esa hora de la tardecita, el tráfico es denso y muchos vehículos se amontonan en la calzada. Una motocicleta se separa de la masa de vehículos, cuyos modelos varían desde un antiguo Ford T hasta un Cadillac último modelo. La moto aminora su marcha al acercarse a la mesa en la que está sentado, distraído y relajado, el comando. De repente se oye un disparo de arma de fuego y el comando cae al piso, muerto, su cabeza atravesada por una bala. ¿Qué pasó? Un joven guerrillero, vestido con harapos y sin más educación que un segundo grado de escuela primaria, acaba de destruir para siempre a la máquina de guerra humana más costosa y eficiente de todos los tiempos. Miles de horas de entrenamiento y millones de dólares en equipos yacen en un charco de sangre causado por una bala cuyo costo no alcanza a un dólar. El comando no ha perdido su vida por lo que sabía (que era mucho), sino por lo que no sabía (dónde estaba su enemigo y con qué arma contaba).

Para poder alcanzar nuestras ciudades para Dios, la Iglesia debe luchar y derrotar al ejército demoníaco de ocupación que bajo el mando de Satanás está cegando a los perdidos para que no les resplandezca la luz del evangelio (2 Co. 4:4; 10:4-5; Ef. 6:12). Esa lucha significa que hay que entrar en guerra, en guerra espiritual. En Apocalipsis 12:11 está la clave para la victoria en semejante guerra. «*Y ellos [los santos] le han vencido [a Satanás] por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte*». Ahora bien, si nosotros vamos a vencer a Satanás, ¿dónde está el campo de batalla en el que alcanzaremos la victoria?

## EL ALTO PRECIO DE LA IGNORANCIA

Para poder conquistar nuestra ciudad, tenemos que saber en todo momento dónde está el campo de batalla. Los creyentes que lo ignoran se convierten a menudo en víctimas. Y eso ocurre, muchas veces, en el lugar y en el momento menos pensado y cuando sinceramente creen, al igual que el comando, que están fuera de peligro. Es así como muchos creyentes han sido heridos seriamente en lugares que ellos consideraban seguros, tales como la iglesia, el hogar, o una reunión de camaradería con otros creyentes. Y fueron heridos por creer que el campo de batalla, con sus peligros, estaba en otro lugar. Para algunos era el campo misionero, a miles de kilómetros de distancia. Para otros, los barrios pobres y violentos donde las prostitutas, los narcotraficantes y los rateros continuamente acechan a sus víctimas. Ellos pensaban: «Ahí sí que hay peligro. Esos son lugares terribles. Pero en mi hogar, en mi iglesia... ¡nunca!» ¡Qué trágico error!

Nuestro enemigo es Satanás. Aunque él usa el mundo y la carne para seducirnos, él mismo es la mayor fuente de seducción (Ef. 2:1-3). Él es el rey de la decepción (Jn. 8:44) y es el que ha inventado la guerrilla espiritual (2 Co. 2:10-11). Satanás sabe que no tiene autoridad sobre nosotros y por eso procura compensarlo por medio de trucos y tretas (2 Ti. 2:25-26) y es así como ha logrado eliminar

sus limitaciones por medio de todo tipo de engaños, con los cuales ha tejido todo un sistema de control (Ef. 6:11). El éxito de su estrategia de engaño siempre depende de lo mismo: la ignorancia de los creyentes, la que él promueve permanentemente (2 Co. 2:11; 11:3).

---

**La Iglesia contemporánea desconoce las estratagemas del diablo. Tanto es así que muchos líderes se jactan de no saber nada acerca del diablo y consideran esa ignorancia como algo meritorio. Se jactan de haber puesto sus ojos exclusivamente en Cristo y de ni siquiera preocuparse por el diablo. Esta mezcla de orgullo e ignorancia le ha permitido al diablo engañar a la iglesia con total impunidad.**

---

Se puede decir que, en términos generales, la Iglesia contemporánea desconoce las estratagemas del diablo. Tanto es así que muchos líderes se jactan de no saber nada acerca del diablo y consideran esa ignorancia como algo meritorio. Se jactan de haber puesto sus ojos exclusivamente en Cristo y de ni siquiera preocuparse por el diablo. Sin embargo, el apóstol Pablo, el hombre a quien se le confió **la máxima** revelación en cuanto a sabiduría espiritual, la Trinidad y la persona y la obra redentora del Señor Jesucristo, declaró enfáticamente que él se preocupaba permanentemente por saber lo que el diablo tenía en mente. Pablo dijo: *«Porque no ignoramos sus maquinaciones»* (las maquinaciones del diablo) (2 Co. 2:11). Lamentablemente, algunos cristianos contemporáneos, en su afán por saber lo menos posible acerca del diablo, parece que hubiesen modificado el texto de Santiago 4:7 para que diga: *«Ignorad al diablo y huirá de vosotros»* en vez del texto original: *«Resistid al diablo y huirá de vosotros»*.

## LA REALIDAD DE LOS LUGARES CELESTIALES

En ningún área es esta ignorancia más perniciosa que en lo que se refiere a desconocer dónde está el campo de batalla, lo que Efesios 3:10 describe como «los lugares celestiales», o como la versión griega lo dice literalmente, «en los celestiales». El creyente promedio de la Iglesia del Primer Mundo no tiene la menor idea de lo que esta expresión significa. Y sin embargo debe ser un concepto importante porque San Pablo la usa cinco veces en su epístola a los Efesios, donde la presenta como un componente básico y fundamental de la revelación de Dios al creyente en cuanto a la guerra espiritual. Lamentablemente, hoy en día no tenemos una idea cabal de lo que significa y tal ignorancia hace que sucumbamos a las estratagemas del maligno. Porque el diablo sabe que no sabemos esto, es que lo usa, al igual que el guerrillero que eliminó al comando, para neutralizar, y muchas veces eliminar, nuestra eficacia en Cristo a pesar de todo lo demás que podamos saber. En una acción de guerra es más

peligroso lo que no se sabe acerca del enemigo que lo que se sabe, porque no podemos defendernos contra lo que no conocemos.

¿Qué son «los lugares celestiales»? Cuando se leía la epístola de Pablo en forma pública en la iglesia de Éfeso, todos entendían el significado de esa expresión. No había necesidad de que el que la leía usase un diccionario bíblico para explicar el término. Tampoco era preciso pedir a un erudito del idioma griego que hiciese una exégesis al respecto. Sin embargo, hoy tenemos dificultad para entender lo que realmente significa. El transcurso del tiempo, casi dos mil años, y diferentes perspectivas en lo cultural y en lo religioso, han conspirado para enturbiar nuestro entendimiento sobre el tema.

Para ilustrar lo difícil que es para un creyente del Primer Mundo poder captar este concepto, imagínate que has vivido en la ciudad de Méjico toda tu vida. Por lo tanto estás perfectamente familiarizado con lo que es el *smog* y la irritación de los ojos que este causa. Asimismo estás bien al tanto de lo que es un «alerta por smog», cuando el nivel de contaminación del aire es tan alto que se suspenden las clases, se prohíbe el tránsito de vehículos y se advierte a los que tienen problemas respiratorios que no se agiten y que tengan oxígeno a mano. Tú sabes muy bien lo que es el *smog* y cómo el mismo afecta tu estilo de vida, y sobre todo el aire que respiras.

Ahora trasládate a la aldea de Thule, situada en pleno círculo polar, en el punto más nórdico de Groenlandia, donde no hay ni automóviles, ni fábricas, ni ninguna otra cosa que produzca contaminación ambiental. Imagínate que tengas que explicarle a uno de los aborígenes qué es el *smog*. ¿Cómo lo harías? Sin duda te resultaría muy difícil porque no hay nada en ese lugar tan remoto y primitivo que pueda servir como marco de referencia para que un aborígen que ha pasado toda su vida allí, pueda llegar a captar el concepto. Supongamos que le muestras una fotografía de la ciudad de Méjico en uno de esos días en que hay tanto smog que se ha dado el alerta, ya que toda la ciudad está atrapada por una nube color marrón terroso y le dices: «Esto es el smog. Aquí puedes ver cómo cubre toda la ciudad. Es color marrón oscuro». Él te pregunta, genuinamente interesado: «¿Y cuánto tiempo queda sobre la ciudad? ¿Cinco a diez minutos?». Y tú le dices: «No, el smog está ahí siempre. Todos los días y todas las noches». Él te mira desconcertado, ya que acaba de comparar el purísimo aire que tiene alrededor de él con la nube marrón que suciamente atrapa a la ciudad de Méjico y te pregunta: «¿Y cuánto tiempo respira la gente ese aire marrón? Me imagino que a lo sumo unos pocos minutos cada día, ¿verdad?» Cuando tú le dices que la gente lo respira las veinticuatro horas del día, él sacude su cabeza en total incredulidad. No lo entiende y porque no lo entiende no lo puede creer.

Es realmente imposible enseñar un nuevo concepto a alguien que carece del adecuado marco de referencia para entenderlo. Y eso es exactamente lo que ocurre cuando el hombre del siglo veintiuno trata de entender la expresión «los lugares celestiales». Al carecer

del marco de referencia del primer siglo, se le hace muy difícil, y a menudo hasta imposible, creer que los ángeles y los demonios existan y que estén activos en su mundo. Aun más dificultoso le resulta creer que pueda haber interacción entre los dos mundos, el humano y el celestial. Y por eso admite no entender cabalmente lo que el Señor Jesús quiso decir cuando declaró: «*Todo lo que atéis en la tierra será atado en el cielo*» (Mt. 18:18). Y se ha convencido a sí mismo de que esa expresión de ninguna manera se puede interpretar literalmente. En otras palabras, no puede decir lo que dice, tiene que haber otra explicación «más racional». Para el creyente moderno, la enseñanza de Pablo de que estamos sentados con Cristo en los «lugares celestiales» (Ef. 2:6) y de que nosotros, la Iglesia, damos a conocer la multiforme gracia de Dios a los principados y potestades «en los lugares celestiales» (Ef. 3:10) es más una expresión poética que una realidad literal.

Sin embargo, cuando los creyentes de Éfeso leían, o escuchaban en el primer siglo la expresión «los lugares celestiales» sabían inmediatamente que Pablo se refería a esa dimensión espiritual del mundo en el que ellos vivían, donde Dios, los ángeles, el diablo, los demonios y la Iglesia operaban. Cuando ellos escuchaban que su lucha no debía ser contra carne o sangre sino contra fuerzas de maldad en los «lugares celestiales» no tenían ninguna duda de que esa era una clara referencia a las fuerzas de maldad que operaban **en la misma esfera** en la que ellos como Iglesia se movían. Si así no fuera, la exhortación paulina a «estar firmes» contra toda forma de maldad en «los lugares celestiales» no hubiese tenido ningún sentido, ya que no se puede resistir algo a menos que se esté en la misma dimensión. Son los lugares celestiales donde se libra la batalla entre la Iglesia y Satanás y sus demonios (Ef. 6:12) y debemos familiarizarnos con esos lugares ya que de ello depende la victoria. De no ser así, todo lo que sabemos será invalidado por nuestra ignorancia. Recordemos que estamos en permanente guerra contra Satanás y sus demonios (Ap. 12:11; Ef. 6:12).

Parte de la dificultad para entender el significado de esta expresión está en la expresión misma, ya que cuando uno lee «celestiales» inmediatamente lo asocia con el cielo, el lugar adonde un día el creyente irá a vivir para siempre con Dios. Es decir, algo que está en el futuro. Pero Pablo está enseñando lo opuesto. Él no habla de algo que está en el futuro sino de algo que está en el presente, aquí y ahora. Por eso es que una traducción funcional más descriptiva podría ser: «en el reino del Espíritu».<sup>1</sup>

## LA OSCURIDAD DEL ILUMINISMO

Otra razón por la que tenemos dificultad para captar el significado cabal de esta frase tan clave se debe al impacto desastroso que tuvo el Iluminismo del siglo diecisiete sobre la cultura occidental. El iluminismo fue un poderoso movimiento secularizador que borró toda

referencia a lo sobrenatural del léxico «científico». Su axioma era: «Si no puedes demostrar su existencia científicamente, entonces no existe» y la iglesia occidental no permaneció aislada de esa peste intelectual, ya que muchas de sus premisas se incorporaron a los supuestos teológicos. Esto, con el tiempo, se diseminó a los cuatro puntos cardinales por los movimientos misioneros de los últimos tres siglos.

En el contexto de lo que acabo de decir, cabe destacar que la iglesia del Tercer Mundo no tuvo un crecimiento significativo hasta que se reemplazó el dominio teológico y administrativo de los misioneros occidentales por las iniciativas teológicas y la cosmovisión de los movimientos autóctonos. Lamentablemente, la iglesia occidental miró con sospechas, y a menudo con rechazo, a esos movimientos nacionales y, en muchos casos, rechazó por completo la autenticidad de sus conversiones masivas por considerarlas nada más que una expresión no bíblica de sincretismo religioso.

Sin embargo, si se proyectara sobre un mapa del mundo los puntos donde la iglesia está creciendo más aceleradamente hoy en día, se vería que esos puntos se encuentran en países tales como Corea, China, Guatemala, Brasil, Nigeria, Argentina. Todos estos son países en los que la iglesia nacional ha redescubierto el significado de la expresión: los lugares celestiales. Y si se hiciera lo mismo con los lugares en los que se registra el menor crecimiento de la iglesia, esos puntos coincidirán con países como Estados Unidos, Canadá, y varias naciones de Europa, donde la iglesia tiene una cosmovisión que es producto del Iluminismo y por lo tanto opuesta a la de la iglesia primitiva.

## LA LEY DE AYUDA AL SOLDADO ESTADOUNIDENSE

Otra de las razones por la que nos cuesta comprender la realidad de los lugares celestiales surge del impacto indirecto de la «ley de ayuda al soldado estadounidense» («G.I. Bill»). Esta ley fue sancionada por el Congreso de Estados Unidos a los efectos de proveer ayuda financiera a las universidades para que diesen becas a los soldados que hubiesen servido en las fuerzas armadas. La ley también incluía instituciones teológicas y escuelas bíblicas como recipientes potenciales de esos fondos. Cuando la ley fue sancionada, muchos de los seminarios tradicionales ya habían adoptado una teología que eliminaba la vigencia de la mayoría de los dones del Espíritu y que relegaba el echar fuera demonios a la era apostólica, o en casos muy especiales a zonas muy primitivas del mundo contemporáneo. Este enfoque tan restringido fue el resultado de dos factores. El primero, la ausencia de demostraciones demoníacas en las iglesias del Primer Mundo; y segundo, el hecho de que los seminarios tradicionales ya habían sido infiltrados por el Iluminismo.

A los efectos de poder recibir los fondos provistos por esa ley, las instituciones cristianas tradicionales adaptaron sus planes de estudio para hacerlos más respetables y así poder apelar a los burócratas inconversos que tenían el poder de adjudicar esos fondos.

A tal efecto, incorporaron a las materias bíblicas clásicas lo que en su momento pareció algo inocuo: las ciencias sociales, sin entender cabalmente que estas ya habían sido influidas totalmente por el Iluminismo. De esta manera, el ímpetu secularizador del Iluminismo se afianzó definitivamente en esas casas de estudio teológico. A partir de ese momento se fue haciendo cada vez más imposible para los seminaristas tener una clara idea del significado de conceptos tales como «los lugares celestiales». Y así miles de personas que se graduaron en esos seminarios fueron a los campos misioneros del Tercer Mundo sin el más mínimo entendimiento del mundo de los espíritus o de los lugares celestiales. El cuadro pasó de grave a gravísimo cuando esos misioneros establecieron seminarios en países del Tercer Mundo y comenzaron a enseñar de acuerdo con su cosmovisión occidental, lo que les llevó a tratar la cosmovisión nativa como mera superstición.

De este modo Satanás logró obtener una tremenda ventaja en su lucha contra la Iglesia debido a la ignorancia de esta con respecto a la realidad de los lugares celestiales. Y Satanás no se demoró en usar para mal esa ventaja ya que «cuando un zorro se introduce en el gallinero donde están la gallina y sus pollitos, en poco tiempo primero elimina a estos últimos». Rápidamente la Iglesia perdió su vigor espiritual. Prueba de ello es que hoy en día la Iglesia, especialmente en el Primer Mundo, cuenta con más dinero, influencia, entrenamiento, recursos y herramientas que antes y sin embargo ha fracasado en su misión de ganar al mundo para Cristo. Y en muchos de esos países la Iglesia ha retrocedido en vez de avanzar. ¿Cómo puede ser, cuando tiene tantos talentos y recursos a su disposición hoy? Porque la Iglesia, al igual que lo estuvo la Marina de los Estados Unidos en el Pacífico, el 7 de diciembre de 1941, durante el ataque a Pearl Harbor, está ajena a la realidad de las estratagemas del enemigo en las regiones celestes. Al igual que la flota naval estadounidense, la Iglesia es como un pato distraído en un lago rodeado por cazadores ansiosos. La Iglesia actual no sabe dónde está el campo de batalla y su ignorancia le ha permitido al enemigo fortificar sus posiciones. Es por eso que, aunque la Iglesia cuenta con armas poderosísimas, esas armas no están cargadas ni apuntan al blanco correcto. No nos damos cuenta de lo precaria de nuestra posición. Estamos equipados y entrenados para desfilar, pero no para invadir y conquistar el terreno controlado por el enemigo.

## **LA EPÍSTOLA A LOS EFESIOS: EL MAPA DE LOS LUGARES CELESTIALES**

Las maquinaciones mentirosas del diablo deben ser destruidas por medio de la verdad de la Palabra de Dios. El mejor lugar para comenzar a hacerlo, sobre todo en el contexto de alcanzar ciudades, es el libro de Efesios, en el Nuevo Testamento. He escogido este libro en particular por tres razones.

La primera, porque es el texto supremo sobre guerra espiritual, ya que en su original griego contiene mayor cantidad de términos referidos al poder, en el contexto de los lugares celestiales, que cualquier otro libro de la Biblia. Esto obedece al hecho de que esta epístola fue escrita a una iglesia que, por su ubicación geográfica, necesitaba instrucción en cuanto a cómo combatir el mundo de maldad sobrenatural que dominaba a la población griega de Éfeso y sus alrededores, ya que Éfeso era el centro del espiritismo y de la magia en el primer siglo.

En segundo lugar, lo he escogido porque este libro es el favorito tanto de conservadores como de carismáticos. Dado que la unidad entre todos los sectores de la Iglesia es esencial para poder alcanzar ciudades para Cristo, he elegido un libro que provea un sólido terreno común sobre el cual ambos grupos puedan caminar y elaborar el contenido de la doctrina de la Iglesia, ya que este libro trata como ningún otro acerca de la doctrina de la Iglesia. Asimismo, Efesios es la epístola favorita de los pentecostales y de los carismáticos, especialmente el capítulo seis, por toda su enseñanza sobre la armadura de Dios y la guerra contra las fuerzas de maldad.

En tercer lugar, esta es una epístola **dirigida a una iglesia que había alcanzado a toda una ciudad y a su zona de influencia para Cristo** en un contexto de abierta y tangible guerra espiritual bajo el liderazgo de San Pablo, el teólogo neotestamentario por excelencia, lo que nos asegura que no hubo ninguna violación doctrinal (Véanse Hch. 19:11-20; Ef. 6:10-20). De modo que la mayor parte de la materia prima escritural que hoy se usa para enseñar sobre guerra espiritual, espíritus territoriales y toma de ciudades, surge de las enseñanzas de Pablo en su carta a los Efesios.

## TRATANDO DE HACER VISIBLE LO INVISIBLE

En el capítulo dos de Efesios, Pablo describe a un personaje siniestro al que denomina «el príncipe de la potestad del aire» (Ef. 2:2). Según Pablo, antes de la muerte y resurrección de Jesucristo, este príncipe de las tinieblas tenía jurisdicción, o autoridad para reinar, en los lugares celestiales. Pablo lo describe como un «príncipe», lo que hace referencia a su rango, «de la potestad del aire», lo que delimita su jurisdicción.

Las enseñanzas de Pablo en su epístola a los Efesios en lo que se refiere a la lucha de los creyentes contra Satanás y sus fuerzas de maldad en las regiones celestes es por demás compleja y a veces confusa para los que leemos la epístola casi dos mil años después de que fue escrita. Esto se debe a que nosotros vivimos en un contexto social, cultural y teológico que es muy diferente de aquel del primer siglo. Por esa razón, en las páginas que siguen procuraré «señalar» esa brecha por medio de dibujos y gráficos, lo que tiene sus pros y sus contras. Entre los pros está el hecho de que pueden ayudarnos a visualizar lo invisible y así captar mejor aquello que ocurre en los lugares celestiales. Entre las contras está la cuestión de que estos dibujos y diagramas procuran describir con palabras



y dibujos algo que es invisible. Por lo tanto, ruego comprensión y misericordia de parte del lector.

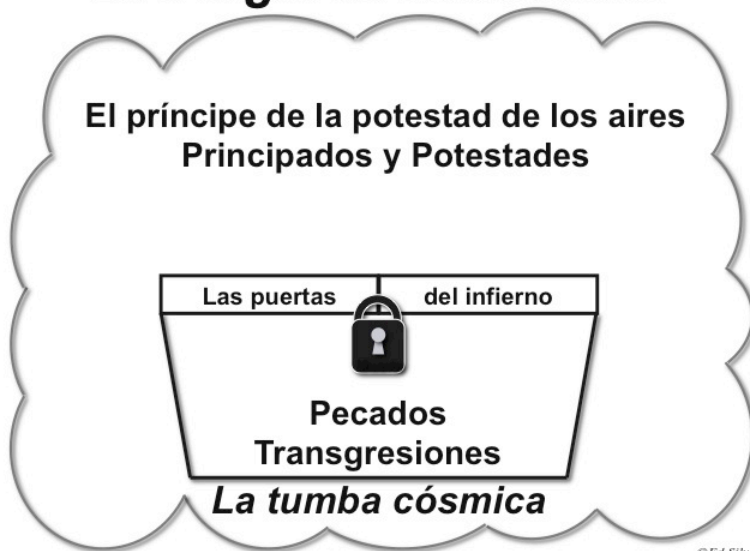
## UNA TUMBA CÓSMICA

Según lo que Pablo enseña en el segundo capítulo de Efesios, el centro de la jurisdicción de Satanás parece ser lo que yo llamo «una tumba cósmica», lugar en el que todo ser humano (con la excepción del Señor Jesús, quien fue concebido por el Espíritu Santo) ha estado sepultado espiritualmente.

Todos los que no están «en Cristo» se encuentran muertos y por ende enterrados en esa tumba. Satanás, en vez de usar tierra, como en el cementerio, utiliza delitos y pecados para cubrir a sus cautivos, a los que se identifica como «hijos de ira» (Ef. 2:3) y todos ellos están «muertos en delitos y pecados» (Ef. 2:1). Véase el diagrama 1.

DIAGRAMA 1

### *Los lugares celestiales*



©Ed Silvano 2011

## EL DILEMA DE DIOS

Por medio del uso de otros pasajes de los Evangelios que son paralelos a este, se puede establecer que «las puertas del infierno» (Mt. 16:18) habían sellado completamente la tumba cósmica y que antes de la muerte y resurrección de Jesucristo, las llaves del infierno y de la muerte mantenían esas puertas herméticamente cerradas (He. 2:14-15; Ap. 1:18) ya que esas llaves estaban en poder de Satanás. Este es sin duda un cuadro de total desesperación: multitudes de personas eternamente perdidas, pudriéndose en sus propios delitos y pecados y sin ninguna otra opción que la de obedecer ciegamente a un déspota opresor.

Sin embargo Dios amó y ama al mundo (Jn. 3:16). Y ¿qué es lo que Dios ama del mundo? ¡La gente! ¿Qué gente? Las multitudes

que están encerradas en esa tumba cósmica y sujetas a los caprichos crueles del «príncipe de la potestad del aire». El amor de Dios es tal que él está dispuesto a pagar por su rescate el precio más alto: la vida, la muerte y la sangre de su Hijo unigénito (Jn. 3:16-17; 1 Jn. 4:9).

Su amor es lo que obliga a Dios a rescatar a los cautivos, lo que, al mismo tiempo, le crea un problema por partida doble. Primero, Dios, que es santo, no puede tener comunión con pecadores que «*por naturaleza son hijos de ira*» sin que eso afecte su santidad. Y segundo, Dios no puede quitarle algo al diablo que **legalmente** le pertenece, dado que Satanás tiene dominio **legal** sobre sus cautivos.

Veamos cómo es esto. Dios tiene suficiente poder como para arrebatarse los cautivos al diablo, pero su poder no opera en contraposición a su santidad, y eso hizo necesaria la muerte expiatoria de Cristo. Si antes de la muerte expiatoria de Cristo Dios hubiese intervenido directamente para rescatar a los cautivos, Satanás podría haberlo acusado de apoderarse de lo que no era legalmente suyo. En otras palabras, de robar. Esto se ve claramente durante la tentación del Señor: «*Y le llevó el diablo a un alto monte, y le mostró en un momento todos los reinos de la tierra. Y le dijo el diablo [a Jesús]: A ti te daré toda esta potestad, y la gloria de ellos; **porque a mí me ha sido entregada**, y a quien quiero la doy*» (Lc. 4:5-6, énfasis añadido). El Señor Jesús nunca contradujo esa declaración. Los reinos de la tierra y su gloria habían sido entregados a Satanás, no por Dios sino por Adán, a quien Dios le había delegado su autoridad. Y aunque Dios nunca estuvo de acuerdo con lo que ocurrió en el huerto del Edén, no por eso dejó de tener validez legal. Es lamentable que Adán haya ejercido **para mal** ese poder que le había delegado Dios mismo cuando le mandó que señorease sobre la tierra.

## JAQUE MATE CÓSMICO

La resolución a este problema doble se desarrolla a lo largo de un sendero marcado por las cinco menciones a «los lugares celestiales» en la epístola a los Efesios. La primera mención se refiere a lo que Dios el Padre ha hecho en los lugares celestiales (Ef. 1:3). La segunda, a lo que el Señor Jesús ha hecho y está haciendo allí (Ef. 1:20-21; 4:9). La tercera atañe a la Iglesia (Ef. 2:6). La cuarta describe la actividad de Satanás y sus demonios en las regiones celestes (Ef. 3:10) y la quinta describe la lucha que la Iglesia y las fuerzas de maldad entablan en los lugares celestiales (Ef. 6:12).

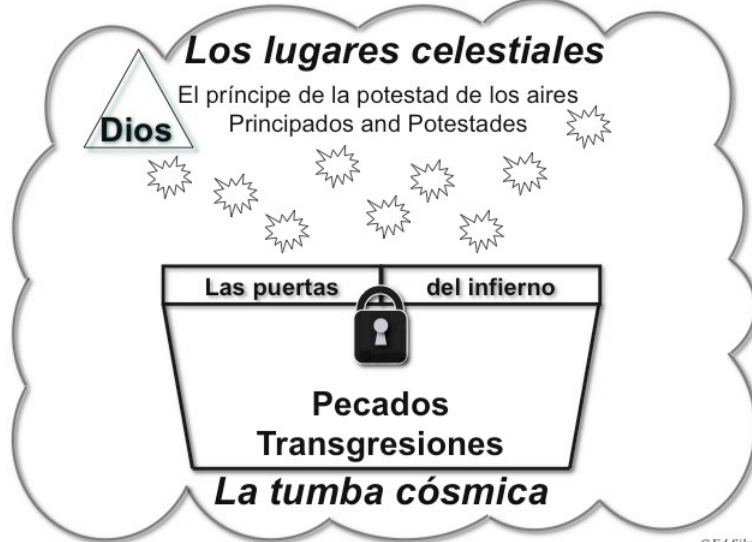
Si visualizamos la lucha de Dios con el diablo por poseer las almas de los hombres como si fuese una partida de ajedrez, veremos que cada una de las cinco menciones a los lugares celestiales representa una movida estratégica que finalmente lleva a que Dios genere un jaque mate. La expresión «jaque mate» proviene del idioma persa y significa «atrapar a un rey para que no pueda huir». De ahí que se la usa en el juego de ajedrez para indicar que uno de los dos reyes que luchan entre sí ha sido atrapado y derrotado en forma definitiva.

## PRIMERA MOVIDA

Dios, antes de la fundación del mundo, depositó toda clase de bendiciones en los lugares celestiales a la espera de la redención de los cautivos. Véase el diagrama 2.

### DIAGRAMA 2

#### **Movida #1:** *Dios siembra los lugares celestiales con bendición espiritual*



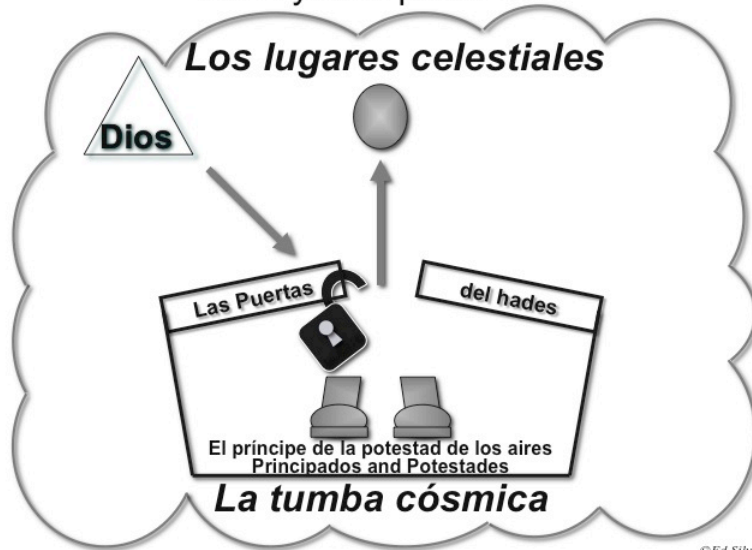
Es decir que aun cuando el «príncipe de la potestad del aire» estaba en absoluto control de los cautivos, Dios, usando su prerrogativa como Señor y Rey del universo, colocó en el campo del enemigo semillas de bendición para que germinaran el día de la salvación de los perdidos. Como semillas que caen en la tierra y son luego cubiertas por la nieve del invierno para germinar durante el calor de la primavera, así las bendiciones de Dios «antes de la fundación del mundo» estaban a la espera del «Sol de Justicia» para derretir la frialdad de la muerte eterna y dar paso a la vida. Sin que el «príncipe del poder del aire» lo supiese, ¡Dios había invadido su dominio!

## SEGUNDA MOVIDA

Dios hizo una movida de doble impacto (un uno-dos en el lenguaje del boxeo) al enviar primero al Señor Jesús a los lugares más bajos, al seno mismo del reino de las tinieblas (Ef. 4:9) y de allí elevarlo al lugar más alto en los lugares celestiales (Ef. 4:8; 1:18-22). Véase el diagrama 3.

### DIAGRAMA 3

#### **Movida #2:** Envió a Jesús a los lugares más altos y más profundos



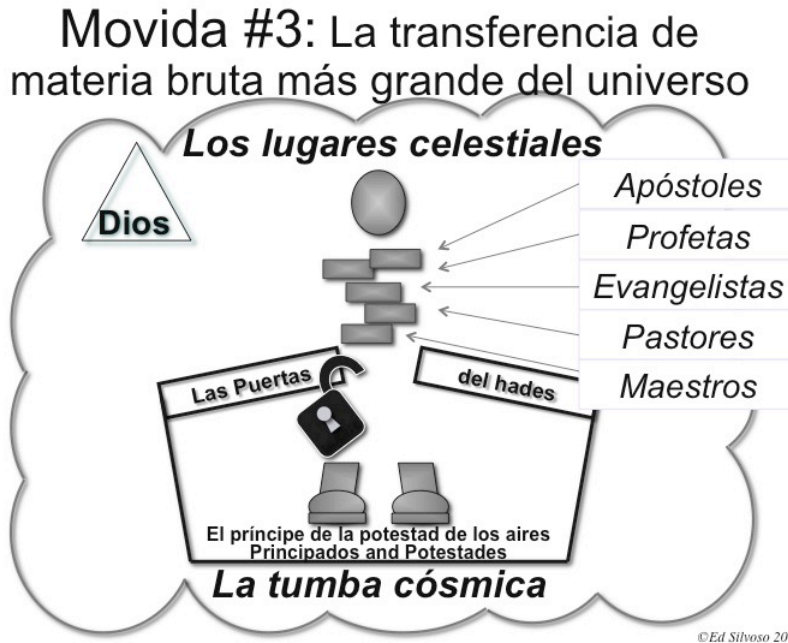
Hablando figurativamente, la primera movida colocó los pies del Señor Jesús en el mismo fondo de la tumba cósmica e hizo que el príncipe de la potestad del aire y todos sus demonios quedasen sujetos al Señor (Ef. 1:22 y 1 P. 3:22) y la segunda movida lo elevó al lugar más alto, a la diestra de Dios, a su mano derecha, y lo estableció como cabeza sobre la Iglesia (Ef. 1:18-22). En la movida ascendente, el Señor Jesús ejerció en forma visible su autoridad sobre el derrotado Satanás, al arrebatarle las llaves del infierno y de la muerte y de esa manera eliminar el candado que en los diagramas 1 y 2 indican el dominio satánico sobre los cautivos a través del temor a la muerte (véanse Ef. 4:8; He. 2:14-15; Ap. 1:18).

*«Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra?» (Ef. 4:9).*

*«... alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia» (Ef. 1:18-22).*

¿Qué es lo que se aprecia ahora en el diagrama 3 después que Dios aplicó el «uno-dos» a Satanás? Los pies del Señor Jesús están en la parte más baja de los lugares celestiales y su cabeza en la parte más alta. ¿Qué es lo que falta? ¡Su cuerpo! Y esto nos lleva a Efesios 2:6-10 y al diagrama 4.

DIAGRAMA 4



*«... y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo» (Ef. 1:22-23).*

*«... y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús» (Ef. 2:6).*

### TERCERA MOVIDA

En el diagrama 4 se ve cómo el Señor lleva a cabo la mayor transferencia de «materia prima» en toda la historia del universo al transportar a los cautivos desde la tumba cósmica, donde estaban bajo el poder de Satanás, a los lugares celestiales, donde los sienta junto con Cristo para que pasen a conformar su cuerpo. Las puertas del infierno no pueden prevalecer contra la naciente Iglesia (Mt. 16:18) porque el Señor Jesús fue confirmado como «el Cristo, el Hijo del Dios viviente» cuando descendió a los lugares más bajos y estableció su autoridad sobre el diablo y sus demonios (Ef. 4:9; Col. 2:13-15).

Ahora que los cautivos han sido liberados, el Señor escoge a algunos de los transferidos para ser apóstoles, profetas, evangelistas y pastores y maestros (Ef. 4:11), y lo hace con la finalidad de que

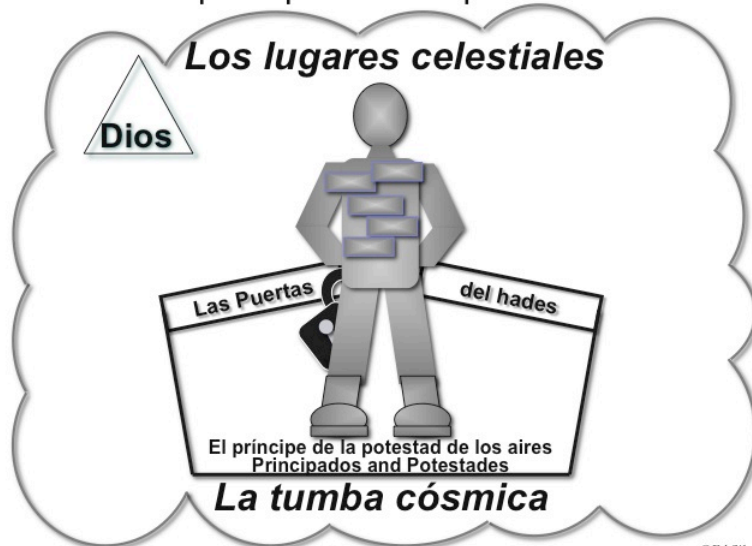
estos especialistas edifiquen el cuerpo de Cristo (la Iglesia) hasta lograr que ella exprese la medida plena de Cristo (Ef. 4:11-16). La expresión «*la plenitud de Aquel que lo llena todo en todos*» (Ef. 1:23) se refiere a la plenitud de Cristo en la Iglesia que hace que la Iglesia ocupe en los lugares celestiales el espacio que Satanás y sus demonios ocupaban antes, y al desplazarlos, los obliga a quedar bajo los pies de Cristo (Ef. 1:22). Esto representa una poderosísima metáfora del señorío absoluto de Cristo sobre todas las cosas, visibles e invisibles. Véase en el diagrama 4 que el cuadro ahora está completo. Los pies del Señor están en el lugar más bajo de los lugares celestiales, sitio desde el que Satanás ejercía total control. Su cabeza se encuentra en el lugar más alto y la Iglesia conforma su cuerpo, en medio de estos dos extremos.

#### CUARTA MOVIDA

Dios ha colocado a la Iglesia en los lugares celestiales con el fin de ser un ejemplo y un testimonio a los principados y potestades. Dios lo hizo «*para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la Iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales*» (Ef. 3:10). Véase el diagrama 5.

#### DIAGRAMA 5

**Movida #4:** Estableció a la iglesia de ejemplo a los principados and potestades.



©Ed Silvano 2011

Es decir que ahora la Iglesia ha sido constituida por Dios como ejemplo para el diablo y sus demonios. Pero, ¿como ejemplo de qué? Lo único que pueden ofrecer los pecadores redimidos es ser ejemplos **de la gracia de Dios**, lo cual constituye uno de los temas centrales de la epístola a los Efesios (véanse Ef. 1:2,6-7; 2:5,7-8; 3:2,7-8; 4:7,29 y 6:24).

La gracia de Dios es algo que el diablo nunca entendió ni entenderá **pero que siempre lo ha derrotado**. El diablo no la puede entender porque la gracia de Dios no puede ser aplicada ni a él ni a sus demonios. Esto se ve claramente cuando estudiamos la crucifixión del Señor. El diablo procuró obtener una «victoria técnica» al confiar en la letra de la ley que establece que «*el alma que pecare de cierto morirá*» (Ez. 18:4). El diablo sabía que no podía tocar al Señor Jesucristo, dado que él no tenía pecado, pero estaba seguro de que los cautivos (toda la humanidad) en la tumba cósmica permanecerían bajo su jurisdicción «*por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios*» (Ro. 3:23). A tal efecto el diablo esgrimió durante la crucifixión un arma (Col. 2:14-15) llamada «*el acta de los decretos que nos era contraria*» para tratar de atormentar a Cristo.

Imagino que en el momento en el que el Señor era desbordado por una tristeza tan profunda que hizo que clamara: «*Padre, ¿por qué me has desamparado?*» (Mr. 15:34), el diablo debe haber dicho algo así como: «A ti no te puedo tocar porque eres santo pero mira esta acta de los decretos que certifica que **todos** los seres humanos, desde Adán hasta tu propia madre, me pertenecen a mí, porque de acuerdo con las reglas del juego, todo el que peca debe morir y ¡todos estos han pecado y van a morir! Mira, mueres solo y desamparado. Ni tu propio Padre está contigo. ¡Yo gano y tu pierdes!» El diablo, creyendo que la victoria estaba muy próxima, se habrá acercado más al Señor como para enrostrarle el acta de los decretos que constituía su arma, pero en ese momento... el Señor se la arrebató (según Col. 2:14-15). El diablo debe haber gritado: «¡No puedes hacer eso!» Y Jesús habrá respondido: «¿Que no puedo? ¡Mira lo que hago con tu arma!» Y acto seguido la clavó sobre la cruz, derramó su sangre sobre ella y proclamó: «Consumado es», expresión que se usaba en esa época para declarar que una deuda había sido saldada. El diablo, consternado y furioso debe haber vuelto a gritar: «¡No puedes hacer eso! No puedes perdonarlos, ya que de acuerdo con las reglas del juego que tu propio Padre ha establecido, el alma que peca debe morir... No puedes violar esas reglas sin violar tu santidad y la santidad de tu Padre». Y yo me imagino que en ese momento Dios el Padre habló desde el cielo con una voz de trueno para decir: «Acabo de cambiar las reglas y ahora se permite el perdón». El diablo, totalmente confundido y más furioso que nunca se debe haber preguntado: «¿Y qué nueva regla es la que permite hacer eso?» Desde el cielo se habrá oído otra vez la voz del Padre anunciando: «Gracia. La nueva regla se llama **gracia**». El diablo, consternado, tiene que haber reflexionado: «¿Cómo puede ser que nunca he oído hablar de ella antes?» Y Dios, sobre el majestuoso trasfondo de un multitudinario coro de ángeles cantando una sinfonía de victoria declaró: «Porque era un misterio. ¡Sí! Un misterio que estaba escondido en Cristo y cuando tú lo crucificaste y los clavos traspasaron su cuerpo y una lanza lo hirió en el costado, **la sangre del SANTO Hijo de Dios fue derramada por todos los pecados del mundo**. Y POR MEDIO DE LA SANGRE

DE MI HIJO ES QUE YO AHORA, DIOS SANTO, PUEDO PERDONAR A **TODOS** LOS PECADORES».

El diablo, sin comprenderlo y totalmente impotente, vio cómo se abría un camino nuevo y vivo que permitía a sus cautivos entrar en la presencia de Dios como hijos y coherederos de Cristo. Como Argentina frente a Camerún en el mundial de fútbol del 90, el diablo no alcanzó a explicarse cómo pudo haber perdido un partido que ya tenía en su bolsillo. En el momento en que el Señor Jesús dijo: «*Consumado es*», comenzó la dispensación de la gracia. Y esa gracia es la que hace posible que el Dios tres veces santo ahora pueda recibir como hijos a los pecadores, gracias a la justicia de Cristo que les fue imputada por medio de su muerte expiatoria en la cruz. Y por eso es que ahora Dios ha colocado a esos pecadores redimidos, que constituyen su Iglesia, como un ejemplo de esa gracia ante los ojos furiosos pero impotentes de los principados y potestades en los lugares celestiales.

La estrategia de Dios para derrotar al diablo consistió en enviar al Señor Jesús en una operación rescate para salvar a los cautivos e inmediatamente entrenarlos para que lucharan contra el diablo por la liberación de los que todavía quedaban bajo su dominio. La Iglesia, compuesta por pecadores redimidos que han pasado a ser comandos espirituales, está edificada sobre la Roca que es Cristo, el Hijo del Dios viviente que los redimió con su sangre, **y contra ella (la Iglesia) ¡las puertas del infierno no pueden prevalecer!** (Mt. 16:18).

## QUINTA MOVIDA

De acuerdo con Efesios 3:10, la Iglesia debe ahora hacer conocer la multiforme sabiduría de Dios a los principados y potestades. El corazón de esa multiforme sabiduría es lo que acabo de explicar: la salvación de los pecadores por medio de la misteriosa gracia divina provista a través de Cristo. La Iglesia debe ahora dar a conocer tal cosa por medio del ejemplo y también de la palabra de su testimonio (Ap. 12:11), al declarar esa palabra en los lugares celestiales. Y debe hacerlo con certeza, recordándoles a esos poderes demoníacos que ellos han sido derrotados una vez y **para siempre** por el Señor y que por lo tanto no tienen autoridad vigente sobre los que todavía andan en tinieblas. Luego del Calvario y la resurrección de Cristo, su autoridad ha caducado. Este tipo de proclama resulta clave para alcanzar a nuestras ciudades con el evangelio, como se verá en la sección que sigue, porque el diablo, que no pudo ganar en la cancha, trata de ganar ocultando la realidad de su derrota para evitar que sus cautivos se escapen gracias a la libertad obtenida por Cristo en la cruz.<sup>2</sup>

En Efesios 6:12 se nos dice: «*Porque nuestra lucha no es contra sangre y carne sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes de maldad en las regiones celestes*». Por medio de las cuatro movidas descriptas



anteriormente, Dios le ha quitado al príncipe de la potestad del aire su control sobre los lugares celestiales. Y al hacer que Cristo sea «el todo en todos» los pecadores liberados, Dios ha logrado que la Iglesia ocupe los lugares celestiales y al hacerlo ha desalojado a Satanás y a sus poderes, obligándolos a quedar bajo los pies de Cristo. Es así como la iglesia ha sido colocada *potencialmente* en control de los lugares celestiales. Lugares celestiales que antes de la muerte y resurrección del Señor habían estado bajo el dominio del maligno.

Y digo *potencialmente*, porque de acuerdo con lo que se indica en la quinta mención de los lugares celestiales (Ef. 6:12), la Iglesia debe ahora luchar contra Satanás y sus demonios para abrir los ojos de aquellos a los que el maligno ha cegado para que no les resplandezca la luz de las buenas noticias de su salvación. Esto es así porque aunque el diablo y sus poderes han sido derrotados por Cristo y han perdido el control **legal** sobre los pecadores, todavía no han sido eliminados, es decir, arrojados al lago de azufre y fuego. Y hasta tanto eso no ocurra, ellos van a seguir ocupándose de engañar a la gente para que no reciba la luz del evangelio. Para revertir esa situación Dios comisionó a la Iglesia para luchar contra las huestes de maldad en las regiones celestes y esa lucha es descrita con lujo de detalles en Efesios 6:10-18. Y aunque tradicionalmente se cree que esta lucha es sólo defensiva, pronto vamos a notar que es también ofensiva.

La razón por la que debemos estar firmes contra las asechanzas del maligno (Ef. 6:10-14) es porque ahora que la Iglesia, en virtud de estar sentada con Cristo en los lugares celestiales (Ef. 2:6) ha obtenido potencialmente el control de esos lugares celestiales, el diablo la va a atacar para evitar que lo potencial pase a ser real. Y es por eso que el Señor le dio a la Iglesia la Gran Comisión, cuya esencia es proclamar libertad a los cautivos a los que el diablo mantiene en prisiones de ignorancia y esa proclamación ocurre dentro de un contexto de guerra espiritual.

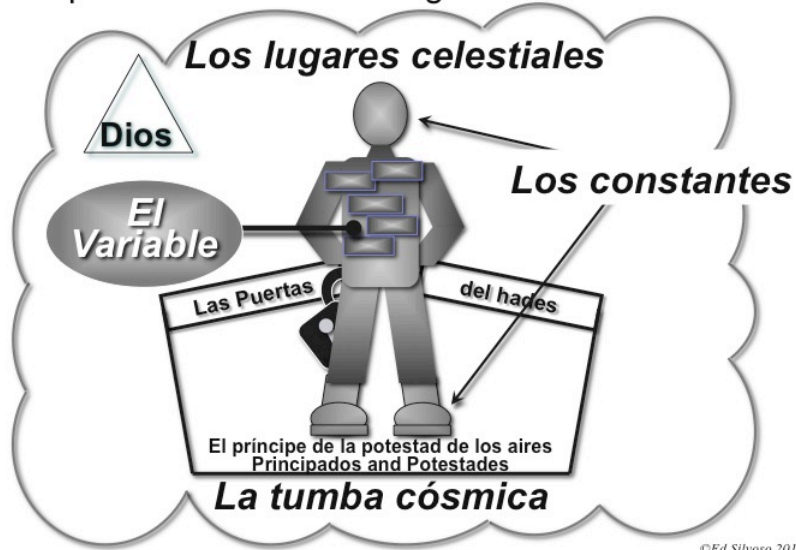
¿Cómo, cuándo y dónde va a atacar el diablo? Para contestar esa pregunta es importante entender que en el diagrama 5 hay dos constantes y una sola variable. Al decir constante me refiero a algo que no va a cambiar nunca. Variable es lo opuesto, es algo que puede cambiar bajo ciertas condiciones.

La primera constante es la posición de suprema autoridad del Señor Jesús sobre el diablo y sus demonios (Ef. 1:20-22). Estos han sido colocados bajo sus pies y el Señor está por encima de todos ellos, no solo en este siglo sino también en el venidero. ¡Eso nunca va a cambiar!

La segunda constante es la posición de supremo privilegio del Señor Jesús sentado a la diestra del Padre en la parte más alta de los lugares celestiales. Desde esa posición él intercede por nosotros mientras espera que todas las cosas sean colocadas debajo de sus pies en el sentido literal de la expresión (Hch. 2:34-35; 1 Co. 15:25-28; He. 1:13; 10:13).

## DIAGRAMA 6

**Movida #5:** La iglesia ahora confronta al enemigo para dominar en los lugares celestiales



La única variable en el cuadro es la posición de la Iglesia con relación a las fuerzas de maldad en los lugares celestiales. Y esa posición varía según el grado de victoria o de derrota que la Iglesia experimente en su lucha contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo (Ef. 6:12).

Dado que Satanás no puede rebelarse contra la autoridad de Jesús, bajo cuyos pies él debe permanecer, ni puede cuestionar la decisión de Dios con respecto a colocar al Señor Jesús en el lugar de mayor honor, o sea a su mano derecha, ¿qué opción le queda? La de desafiar a la Iglesia en cuanto al control de los lugares celestiales, dado que la Iglesia ha sido colocada por Dios mismo como ejemplo y como testimonio ante Satanás y sus demonios (Ef. 3:10). Y por ser esta la única opción disponible, es allí donde el maligno concentra todo su ataque. Por eso el Señor Jesús intercede constantemente por la Iglesia ante el Padre. Esa intercesión tiene que ver exclusiva y directamente con la lucha que la Iglesia sostiene contra Satanás y sus demonios, ya que el Padre no necesita que el Hijo le recuerde lo que su sangre derramada ha obtenido a favor de la Iglesia.

## EL CONTRAATAQUE DEL DIABLO

Ahora que las líneas de ataque y de defensa han sido identificadas, ¿cuál es la estrategia del diablo? Dado que el triunfo del Señor Jesús lo redujo a un lugar servil bajo sus pies, para poder recuperar su dominio en los lugares celestiales Satanás necesita un espacio o jurisdicción sobre el cual ejercer autoridad. Para conseguir ese lugar no puede ir al Señor porque fue él quien lo desarmó y lo exhibió públicamente

junto con todos sus demonios como un ejército totalmente derrotado. «Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz» (Col 2:15).

La única salida que le queda es engañar a la Iglesia para lograr que esta le permita tener jurisdicción sobre aquello que Dios ha colocado bajo su dominio, tal como ocurrió en el huerto del Edén. Fue allí donde el diablo engañó a Eva y Adán, los que tenían dominio sobre la tierra, y por medio de ese engaño, reconquistó algo de lo mucho que había perdido cuando Dios lo echó del cielo. Porque el diablo siempre está tratando de recuperar algo de todo lo que perdió en el Calvario, nos fue dada aquella exhortación: «*Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo*» (Ef. 6:11). Dado que el diablo no tiene poder, debe recurrir a artimañas y engaños. Es por eso que el maligno procura sacar ventaja de la Iglesia sin que ésta se dé cuenta de que está siendo engañada. Eso es lo que el diablo hace con todos, desde el mismo comienzo. En el huerto del Edén, cuando Eva comió del fruto del árbol prohibido, creyó que estaba haciendo algo sin trascendencia. En realidad, inició un trágico proceso que, finalmente, transfirió todos los reinos de la tierra, y su gloria, al enemigo de Dios. Fiel a su estilo de engaño, el diablo ha escogido un arma que tiene toda una apariencia inocente pero que es absolutamente devastadora.

¿Cuál es esa arma? ¡El enojo! Pablo les advierte a los efesios que esa es la manera en la que el diablo atacará a la Iglesia para lograr reestablecer su autoridad en los lugares celestiales. «*Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo*» (Ef. 4:26-27, énfasis añadido). Aquí Pablo enseña que cuando alguien se enoja y decide no perdonar («se pone el sol sobre ese enojo», lo que implica que dura más allá de la emoción inicial), eso crea un espacio, una jurisdicción para el diablo. Pablo no dice que no podemos enojarnos, ya que el enojo es una emoción natural y como tal inevitable. El enojo, al igual que el deseo de comer, como en el caso de Eva, son emociones naturales. Lo que Pablo dice es, «cuando te enojas, no te vayas a la cama sin antes dar los pasos necesarios para que el enojo se termine». Y ¿qué debes hacer? Aplicar gracia al pecado que hizo que te enojaras. Debido a que el enojo es algo que aflora en nosotros de continuo, al igual que en Eva, no nos damos cuenta de que lo que aparenta ser una tontería es en realidad la punta del iceberg de una estratagema satánica con consecuencias eternas increíbles.

El enojo del que Pablo habla aquí es el enojo entre creyentes, es decir la ruptura de comunión entre cristianos porque alguno haya herido a otro. La primera reacción, enojarse, no es pecado. Es la segunda reacción, el decidir no perdonar, la que le da lugar, o jurisdicción, al diablo. En el original griego la palabra «lugar» es «topos», que es raíz de la palabra *topografía* y como tal se refiere a un lugar o región. También puede ser traducida como *cargo*, lo que implica una *jurisdicción*. Jurisdicción es un área de influencia otorgada a alguien.

---

**Al insertar el pendrive antiguo en el lugar donde debería estar el nuevo, el diablo logra imprimir su mensaje en la impresora de Dios ¡usando el papel de Dios! ¡Qué astuta estratagema!**

---

En resumen, lo que Pablo dice es: «Cuando alguien te haga daño, perdónalo inmediatamente, porque si no lo haces, crearás una jurisdicción para el diablo, lo que le permitirá ejercer autoridad sobre ti». Esa jurisdicción, que está en los lugares celestiales, es lo que el diablo busca continuamente para poder reinstalarse en aquellos lugares. Apenas logran establecer jurisdicción, el maligno y sus demonios la invaden, y eso sucede precisamente cuando los cristianos no se perdonan los unos a los otros, niegan de hecho el ejemplo e invalidan el testimonio mencionado en Efesios 3:10 (Véase el diagrama 4). En realidad lo que hacen es negarse la gracia los unos a los otros y al hacerlo invalidan su testimonio ante los principados y potestades, porque la esencia de ese testimonio es la gracia de Dios. Dejan de exhibir la gracia de Dios y pasan a exhibir la ley, y la ley mata. La palabra jurisdicción está formada por dos raíces provenientes del latín «juris» que significa ley y «dicción» que significa habla. Lo que implica que la ley habla o reina en lugar de la gracia. La nueva vida ya no se evidencia sino la vieja vida y los cristianos se comportan como «los hijos de desobediencia» que fueron cuando Satanás era su amo. En otras palabras, los cristianos han vuelto a la vieja manera de vivir que tenían cuando el diablo ejercía dominio sobre ellos en la tumba cósmica descrita en el diagrama 1. Al insertar el pendrive antiguo en el lugar donde debería estar el nuevo, el diablo logra imprimir su mensaje en la impresora de Dios ¡usando el papel de Dios! ¡Qué astuta estratagema! (véase el diagrama 7).

## DIAGRAMA 7

### El campo de batalla ha sido definido



Cuando el enojo descrito en Efesios 4:27 se combina con la acción de contristar al Espíritu Santo mencionado en Efesios 4:30, el resultado es muy destructivo. Por un lado, los soldados de Dios le dan lugar al enemigo de Dios y por el otro, esa acción hace que el Espíritu Santo, que los ha sellado para proveerles protección, se contriste y su plenitud no se manifieste. Esa combinación resulta sumamente destructiva ya que en una misma movida el diablo gana espacio y el Espíritu Santo lo pierde. Como resultado, la Iglesia pierde terreno a causa de su desobediencia y ese terreno pasa a manos del maligno. En esencia, es una triste repetición de lo que ocurrió en el huerto del Edén.

Nótese que el enojo entre creyentes es lo que le da al diablo esa jurisdicción. Esto ocurre porque cuando dos cristianos se pelean, dejan de andar en la luz y consecuentemente su comunión espiritual desaparece. La falta de comunión no permite que la sangre de Cristo circule, limpiándolos de toda maldad (1 Jn. 1:7). Al no circular la sangre de Cristo, se produce un principio de «gangrena espiritual» que finalmente inutiliza esa parte del cuerpo del Señor. ¡Qué tragedia! El enojo entre cristianos corta la comunión y contrista al Espíritu Santo y como consecuencia de ello la plenitud de Cristo en la Iglesia desaparece. La Iglesia deja de ocupar la totalidad de los lugares celestiales y lo que ella no ocupa, lo usurpan el diablo y sus demonios, fijando residencia en las jurisdicciones creadas para ellos por los creyentes enojados.

A medida que la plenitud de Cristo, expresada por medio de la Iglesia en los lugares celestiales de la ciudad disminuye, el poder y la presencia del diablo aumentan en proporción directa. Por eso es que cada vez que encontramos una iglesia débil en una ciudad

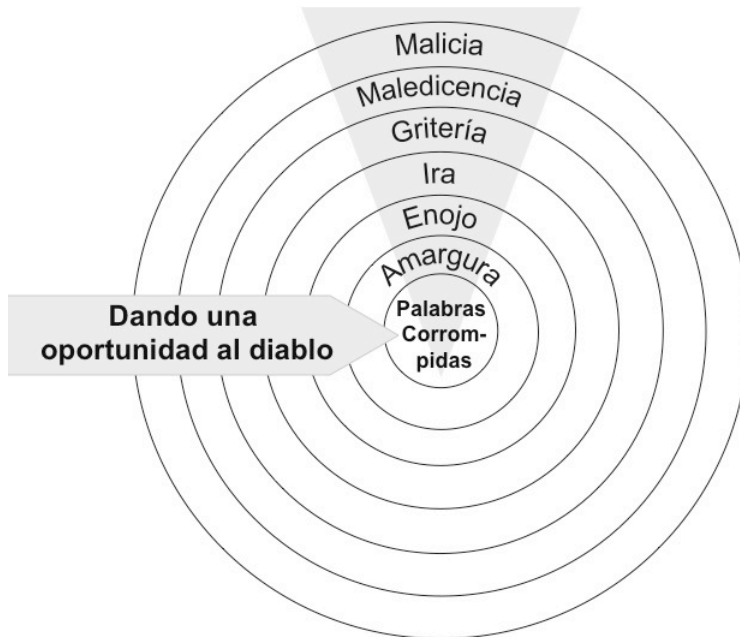
resistente al evangelio, siempre descubrimos que se trata de una iglesia dividida que, por medio del enojo de sus líderes, le ha entregado al diablo el dominio de los lugares celestiales y ese dominio se hace sentir sobre la ciudad y sobre la iglesia.

De allí que sea inútil tratar de ganar una ciudad para Cristo sin antes resolver el problema presentado por este tipo de enojo. San Pablo fue claro al indicar en 1 Timoteo 2:8 que para poder alcanzar una ciudad a través de un evangelismo por medio de la oración es absolutamente necesario tener las manos limpias. Y manos limpias, para Pablo, significa manos sin ira (enojo) ni contienda (divisiones). De la misma manera, el Señor Jesús indicó en Juan 17:21 que la unidad de la Iglesia es un factor determinante para que el mundo crea. No hay duda de que el campo de batalla está en los lugares celestiales. Es allí donde se debe estar firme, resistiendo las estrategias que el diablo utiliza para ganar la batalla. Y la más sutil de esas estrategias es el enojo no resuelto, ya que por medio de él, sin nosotros darnos cuenta, le entregamos al Diablo una posición de autoridad en el mismo campo de batalla en el que se decide el destino de la ciudad que estamos tratando de ganar. Si tú le has dado lugar al diablo de esa manera, te exhorto a que ya mismo anules la jurisdicción que le has otorgado a través de tu enojo no resuelto y que retomes el terreno perdido.

## EL GATILLO

¿Qué es lo que produce tanto enojo entre los creyentes? Sin duda alguna, siempre algo que alguien dijo acerca de otro. Y el gatillo que dispara ese dañino proyectil de ira es lo que Pablo describe en Efesios 4:26-27, lo que el apóstol identifica como «palabras corrompidas» en Efesios 4:29: *«Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes»*. Ese gatillo es algo tan sutil que los cristianos lo aprietan y disparan el enojo, hiriéndose unos a otros, sin darse cuenta del tremendo daño que hacen. Como se trata de palabras, «palabras corrompidas», no le damos la debida importancia, porque la mayor parte de la gente cree que «a las palabras se las lleva el viento». Sin embargo, las palabras que salen de nuestra boca son poderosas, y si son corrompidas, resultan extremadamente dañinas. De este modo es como siempre se produce toda ruptura de comunión a la que da inicio este gatillo sutil. Las palabras, al igual que un tsunami (terremoto submarino) que puede haberse producido inadvertidamente en la parte más profunda del mar, inician una cadena de eventos que en definitiva destruye nuestra capacidad de *«estar firmes contra las acechanzas del diablo»*. Véase el diagrama 8.

DIAGRAMA 8



©Ed.Silvoso 2011

¿Cuál es la definición de *palabras corrompidas*? De acuerdo con Efesios 4:28 son palabras que en vez de edificar tiran abajo, destruyen. De allí que mi definición para la expresión *palabras corrompidas* sea esta: la verdad dicha sin gracia. Es decir la verdad con intención de «satisfacer la necesidad del momento... sin procurar dar gracia al que escucha». Cuando alguien dice la verdad acerca de otra persona para destruirla y no para edificarla, la verdad se convierte en una guillotina capaz de asesinar. Cuando la intención es exponer el pecado en vez de eliminarlo, ese acto se convierte en la acción de un verdugo cuyo propósito es desnudar, por medio de la verdad descarnada, el tremendo error del inculpado y una vez logrado eso, negarle la gracia necesaria para revertir la situación. Usar la verdad para eso es terrible, ya que lleva el objetivo de destruir y menoscabar a la otra persona, y al hacerlo nos convertimos en testigos de causa para el acusador de los hermanos, el diablo. Es decir que, en el medio del partido, cambiamos de camiseta, y lo que es peor aún, ¡metemos un gol en contra de nuestra propia valla!

La verdad ofende más que la mentira. Si alguien dice una mentira acerca de nosotros, aunque nos duela, no nos quita el sueño porque sabemos que no es verdad. Sin embargo, cuando alguien nos critica diciendo la verdad y subrayando una acción negativa nuestra, nos duele profundamente y también nos quita el sueño. De repente nos sentimos juzgados, condenados y, en un sentido, sin salida, ya que alguien ha usado la verdad sin gracia para lapidarnos. En lo recóndito de nuestra alma sabemos que lo que se dice es verdad y que muchas veces hemos tratado, sin éxito, de cambiar las consecuencias

de esa acción desafortunada que ardientemente desearíamos nunca haber cometido. El que nos juzga usa como patrón nuestras acciones y nosotros usamos como defensa nuestras intenciones. Es por eso que decimos: «Pero lo que yo **quise** hacer no fue eso». A lo que el acusador retruca: «Pero lo que en verdad hiciste fue **eso**». Ante la impotencia, la reacción natural de la carne es el enojo y eso exactamente es lo que el diablo procura que ocurra.

La verdad sin un contexto de gracia resulta aniquilante. Por ejemplo, si eliminas la gracia de Dios de mi vida, todo lo que queda es un pecador inhumano. Y esa es una verdad a la que no tengo ningún deseo de enfrentarme. Por eso la palabra de Dios enfatiza que Jesús es primero gracia y después verdad. En Juan 1:14 leemos: «*Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de **gracia** y de verdad*». Hay una gran diferencia entre un Jesús lleno de gracia (primero) y de verdad (después) y lo opuesto. El hecho de que primero él manifieste su gracia nos permite acercarnos a su persona a pesar de nuestra culpa. Una vez que nos acercamos, él nos muestra la verdad acerca de nuestro pecado y su solución a la cuestión. Cuando yo era un muchachito de siete años, mi padre me explicó claramente que nunca debería jugar a la pelota en el patio cubierto del primer piso de nuestra casa. La razón era que ese patio estaba rodeado de ventanales con vidrios multicolores y, obviamente, una pelota y ventanas de vidrio no se llevan bien. Mi padre fue bien preciso en sus instrucciones. «Nunca juegues a la pelota aquí porque si lo haces, y rompes un vidrio, te voy a dar una palizota». Mi padre, aunque tierno en su corazón, era muy autoritario y cuando uno desobedecía sus instrucciones, no vacilaba en aplicar el castigo.

Un día, al salir de mi dormitorio, encontré una pelota en el patio. Era como la fruta prohibida del huerto del Edén, esperando que alguien la tomase. Cediendo a la tentación, comencé a patearla despacito. Primero contra la pared, luego contra las ventanas y al notar que no se rompían, seguí pateando con más fuerza. En un momento de entusiasmo, me imaginé que estaba en el área chica de una cancha de fútbol y que de mi puntapié dependía el resultado del partido y le di con todo. Inmediatamente escuché el booommmm y el craaaash de los vidrios rotos. En ese momento me sentí desbordado por el peso de la verdad. Había pecado y sabía que el castigo iba a ser severo. Y ese fue el día en que, a los siete años de edad, «me fui de mi casa con intenciones de nunca volver». Tomé las pocas cosas que podía llevar en mis bolsillos y salí. No quería ver a mi padre ya que la verdad era muy dura y el castigo inevitable.

Recuerdo que me instalé cerca de un campito que había al lado de la iglesia. Era como si quisiese estar cerca de Dios... en caso de que mi padre apareciera. Se hizo de noche y yo no tenía ninguna intención de regresar a casa. De repente, a eso de las diez, mi mamá apareció y me dijo: «Hijo, volvé a casa». Yo le dije: «Nunca, mamá. Papá me va a dar una paliza». Ella me dijo: «No, no lo va a hacer porque



yo intercedí por vos y te ha perdonado... aunque quiere decirte algunas cosas». Inmediatamente decidí regresar a casa. ¿Por qué? Porque mi padre había hecho un giro: de verdad y gracia a gracia y verdad. A menudo en nuestras iglesias, con el afán de agradar a Dios en la hermosura de la santidad, nos volvemos legalistas. Parecería que en vez de predicar a un Cristo lleno de gracia y lleno de verdad, le damos a la congregación una paliza al enfatizar todo lo que está mal en ella. Luego que la hemos apaleado bien con «la Palabra», entonces le decimos que si se arrepiente hay gracia disponible. Eso tiene consecuencias devastadoras cuando existe un malentendido entre creyentes, ya que el que tiene la razón esgrime la verdad como un elemento lapidario y entierra al otro «para que aprenda a no pecar», sin darse cuenta que la verdad sin la gracia necesaria para aceptarla y cambiar no es nada más ni nada menos que una «palabra corrompida» que produce enojo, lo que luego da lugar al diablo.

Asimismo, la verdad sin gracia puede ser esclavizante. Por ejemplo, Mateo 18:18: *«Y todo lo que atareis en la tierra será atado en el cielo, y todo lo que desatareis en la tierra será desatado en los cielos»* aparece en un contexto en el que la amistad entre dos creyentes ha sido dañada. El Señor Jesús enseña que el que parece tener la razón debe buscar al otro y procurar arreglar la relación. Si al reunirse con el otro a solas no tiene éxito, entonces debe buscar dos testigos y probar otra vez. Si el ofensor no responde a esto, entonces el ofendido debe llevarlo a la Iglesia. Y si la exhortación de la Iglesia no es acatada, entonces el ofensor debe ser considerado como si fuera un gentil y un recaudador de impuestos.

Ese pasaje de Mateo 18:15-20 es el que por lo general se utiliza cuando se trata de arreglar este tipo de problemas en la Iglesia. Desafortunadamente, parecería que cada vez que se lo utiliza, el problema empeora en vez de arreglarse. ¿Cómo puede ser? Yo creo que es debido a que se usa el pasaje para presentar la verdad del problema sin acompañarla con la gracia necesaria para arreglarlo. Analicemos lo que generalmente ocurre.

Cuando alguien nos hace un mal, vamos a la persona, generalmente enojados, a confrontarla con el mal que nos ha hecho y exigimos que se arrepienta. Cuando la persona rehúsa arrepentirse, regresamos con dos testigos «¡tal como dice la Palabra!» Esos testigos son amigos nuestros que van no tanto para interceder a favor del ofensor como a documentar su decisión de no arrepentirse. Cuando este rehúsa arrepentirse una vez más, entonces llevamos el asunto a la iglesia, la que ya no es la iglesia a la que el ofensor concurre. Eso hace mucho más fácil nuestra tarea de pintarlo con brea usando una brocha gorda delante de toda la congregación.

La iglesia entonces le escribe una carta detallando su ofensa y le da un plazo perentorio para que se arrepienta. La carta generalmente termina con una referencia al pasaje en cuestión, advirtiéndole que si no se arrepiente, «será considerado como un gentil y un recaudador de impuestos». Cuando el plazo se cumple y el ofensor no acusa recibo,

entonces la iglesia, en sesión administrativa, lo proclama un gentil y un recaudador de impuestos «tal como la Escritura lo indica». Y lo trágico de esto es que muchas iglesias interpretan el nuevo estatus del creyente (gentil y publicano) como sinónimo de no-creyente y a menudo usan eso para justificar el hacerle juicio en los tribunales seculares, algo que las Escrituras prohíben terminantemente entre cristianos. ¡Qué tremendo lío resulta de todo esto por tratar de seguir un procedimiento que entendemos como plenamente bíblico!

¿Por qué aplicar Mateo 18:15-20 agrava el problema en vez de resolverlo? Creo que porque no llegamos a entender **la intención** del proceso según se expresa en Mateo 18:18. Esa intención es desatar y no atar al hermano que ha pecado, ya que ese versículo reza: «*De cierto de cierto os digo, que todo lo que atareis en la tierra será atado en el cielo; y todo lo que desatareis en la tierra será desatado en el cielo*». Este versículo indica con claridad que al seguir el proceso disciplinario tenemos la opción de atar o desatar. Lamentablemente, escogemos atar cuando primero documentamos la falta del hermano y luego la hacemos pública. Eso se percibe mejor cuando observamos el contexto del pasaje. ¿Cuál es su contexto? La parábola de la oveja perdida. El Señor Jesús concluye esa parábola enfatizando que no es la voluntad del Padre que se pierda uno de estos pequeños. «*Por tanto, si tu hermano peca contra ti...*» (Mt. 18:14-15). La expresión «por tanto» indica que la intención del proceso disciplinario es desatar y no atar.

El pasaje a continuación de Mateo 18:15-20 contiene otra parábola: la de los dos deudores (Mt. 18:21-35). El propósito de esa parábola es expresar el disgusto de Dios (representado por el rey) ante la decisión del primer siervo de atar al segundo al no perdonarlo y enviarlo a la cárcel. Nótese que el primer siervo tenía razón, el segundo siervo le debía algo, pero además de tener razón estaba enojado y eso hizo que fuese entregado a los verdugos (Satanás y sus demonios). Y es por eso que Mateo 18:15-20 no da resultado cuando lo usamos en forma disciplinaria ya que se lo usa para atar y no para desatar. Se usa la verdad para destacar el error cometido pero sin la gracia necesaria para restaurar al ofensor. Lamentablemente, la verdad sin gracia se transforma en las «palabras corrompidas» que no edifican ni dan gracia al oyente (Ef. 4:29).

De allí que la mejor manera de tratar los problemas de disciplina, una vez agotadas todas las instancias de reconciliación, es desatar al ofensor en vez de atarlo. Y solo hay una manera de desatarlo: perdonando la ofensa cometida. Al fin y al cabo, la única persona que puede perdonar esa ofensa es el ofendido. El Padrenuestro reza: «*Y perdona **nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores***». Esto es lo que Esteban hizo (véase Hch. 7). Nosotros, al igual que Cristo en la cruz, debemos orar absolviendo a aquellos que nos han hecho mal y pedirle a Dios que no les tenga en cuenta la ofensa cometida. Eso es desatar. Al hacer esto, enviamos gracia al ofensor y también al diablo que está en la jugada. Satanás odia ardientemente

la gracia ya que la gracia es lo que neutraliza totalmente su arma más potente: el pecado. Porque donde abunda el pecado... la gracia sobreabunda. De allí que cada vez que alguien nos ofende debemos perdonarlo de inmediato y unilateralmente. Al hacerlo tomamos la dolorosa verdad de la ofensa cometida y la envolvemos en gracia. Todo pecado tiene una sola vía de salida del alma humana: la boca. Ya sea que ella se abra para expresar el arrepentimiento del pecador, o el perdón de aquel contra quien ha pecado. De una o de otra manera hay que neutralizar el pecado. Documentarlo y exponerlo públicamente aumenta la esfera de influencia y las consecuencias de ese pecado. Por otro lado, resulta maravilloso ver que al aplicar gracia al pecado cometido contra nosotros lo convertimos en un trofeo del poder redentor de Dios. Eso es exactamente lo que Jesús hizo en la cruz: tomó el peor pecado jamás cometido sobre este planeta y lo convirtió en la expresión máxima de la gracia y del perdón.

Quizá te estés preguntando: «pero, ¿y qué acerca de la expresión **gentil y recaudador de impuestos**? ¿No es eso el equivalente a la excomunión? ¿Acaso no significa eso que tal persona ha perdido el derecho al perdón?» Considerémoslo detenidamente.

Un gentil era alguien que estaba fuera del pacto de Dios con sus hijos y de los beneficios resultantes de esa relación. Un recaudador de impuestos era un miembro del pueblo de Dios (el judío) que se había vendido al ejército enemigo (el romano). Ambas categorías eran dignas de lástima y no de odio. Y por eso yo creo que la exhortación de Jesús constituye un llamado a ejercer misericordia. Apídate de ellos porque no sólo han perdido momentáneamente los beneficios del pacto de Dios con su pueblo, sino que lo que es peor aún, están trabajando para el enemigo. Desátalos. No los ates aun más. No ignores el mal que te han hecho, pero no vayas más allá de eso al punto de atarlos y obligarlos a que paguen por sus faltas como tan neciamente hizo el primer siervo de la parábola de los dos deudores. Considera la falta y aplícale tanta gracia como resulte necesario para convertirla en una bendición. Esteban hizo esto con Saulo de Tarso, el perseguidor de la Iglesia. Al agregarle gracia, lo convirtió en Pablo de Antioquía, el edificador de la Iglesia. La verdad más la gracia es una combinación poderosísima. Tan poderosa que esa fue el arma que Jesús usó en la cruz para derrotar al diablo y a todos sus demonios, y para rescatar al mundo de sus pecados (Col. 2:13-15).

## LA VERDAD CONTRAPUESTA A «NUESTRA VERDAD»

De este lado del cielo, la verdad siempre tiene dos caras. Cuanto mayor es la verdad, más separadas están esas dos caras. Ningún ser humano puede constituirse en amo y señor de la verdad. De allí que la Palabra nos exhorta constantemente a crecer juntos en el conocimiento de la verdad ya que se requiere la multifacética participación de toda la Iglesia para comprender (y aun así en forma imperfecta) los misterios de la eternidad confiados a la Iglesia.

Cuando se trata de LA VERDAD, con mayúsculas, o sea el Señor Jesús, no hay nadie en este planeta al que se le haya otorgado un conocimiento total y cabal de tal Verdad. Sin embargo, cuántas veces ciertos mercaderes de la doctrina se autoproclaman intérpretes de toda la verdad. Cual papas, hablan constantemente «ex cátedra», se consideran infalibles en sus interpretaciones y necesariamente procuran desacreditar a cualquiera que no entienda «la verdad» como ellos la entienden. Al hacer esto, quizás sin darse cuenta, pasan a considerarse más importantes que la verdad misma, ya que se ubican «por encima» de la verdad (lo que resulta imposible, por supuesto) para «instruir» a otros que según ellos carecen de la «sabiduría» que ellos tienen. Eso es absolutamente ridículo. Porque la Escritura declara enfáticamente que «el conocimiento envanece» (1 Co. 8:1). Precisamente personas envanecidas como esas han sido usadas por el enemigo para dividir a la Iglesia en base a una comprensión subjetiva, y por ende incompleta, de la verdad. Y al creer erróneamente que «*están conteniendo por la fe una vez dada a los santos*», los grupos combatientes ahondan aun más las diferencias. Eso a su vez ha hecho que la herida más purulenta del cuerpo de Cristo hoy sea la causada por los guardianes de «la verdad», que en su afán de eliminar el cáncer, a menudo matan al paciente. La Escritura es clara: se requiere la participación de TODOS los santos (y no de un autoproclamado especialista), **arraigados y cimentados en amor**, para poder comprender LA VERDAD (Ef. 3:17-18).

Este tema es tan importante que Pablo exhorta a los ministros a ser «solicitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz». Nótese que no dice que el vínculo debe ser el de la doctrina o el de la denominación, sino el de la paz. ¿Por qué la paz? Porque cuando los líderes están en paz entonces se escuchan unos a otros y crecen juntos en el conocimiento de la verdad. Y esa verdad, Cristo, es la que de veras nos hace libres. Y sobre todo, libres de las estratagemas del diablo para poder reconquistar el control de los lugares celestiales.

## GUERRA ESPIRITUAL DEFENSIVA Y OFENSIVA

La guerra espiritual a la que somos llamados es tanto defensiva como ofensiva. Esta doble dimensión es importante ya que por no entenderla se producen enfrentamientos teológicos innecesarios entre la posición defensiva («estar firmes») de los conservadores y la postura de ataque de los carismáticos, con su énfasis en el retomar.

Los conservadores enfatizan que el libro de Efesios, especialmente el capítulo seis, describe un llamado a mantener el terreno ya conquistado por el Señor (a resistir) y por ende nuestro rol es secundario. Y por eso critican el activismo de los carismáticos, a los que consideran demasiado preocupados con echar demonios de lugares donde no debería haberlos. Por el otro lado, los carismáticos responden a esta crítica subrayando una sólida lista de victorias logradas a

través de su teología de ataque, la que parece validar su énfasis en tomar, o retomar, el terreno usurpado por el enemigo. Aunque estas dos posiciones parecen contradictorias, en realidad no lo son.

Por ejemplo, cuando la Iglesia se establece en un lugar, o región, por primera vez, debe atacar primero, porque esa región está bajo el control de Satanás y este tiene que ser desalojado. La manera más directa de desalojar a un enemigo que está fuertemente atrincherado en el campo de batalla es atacándolo, sacándolo de sus trincheras e inmediatamente ocupándolas. Entiendo que eso es lo que la iglesia primitiva hizo en Jerusalén (véase Hch. 2–6), en Samaria (véase Hch. 8, en particular el caso de Simón el mago), en Éfeso (véase Hch. 18–19) y finalmente en todas las nuevas regiones invadidas espiritualmente por la Iglesia. Además, en Efesios 6, Pablo conecta la proclamación del evangelio con la intercesión militante (Ef. 6:15,19-20) y la lucha frontal contra los principados y potestades (Ef. 6:12,18-19)<sup>3</sup>. Y esto es así porque siempre se requiere un «encuentro entre poderes» para establecer la Iglesia en un terreno nuevo, ya que debe destruir y desplazar la estructura satánica existente. Este análisis valida la perspectiva de los carismáticos.

Sin embargo, una vez que el terreno ha sido conquistado, la Iglesia debe inmediatamente cambiar a una postura defensiva haciendo que sus soldados pasen de un ejército de ataque a uno de defensa. Precisamente este era el contexto dentro del cual Pablo les escribió a los cristianos de Éfeso. Esto es importante, porque si la Iglesia no consolida su conquista inicial, el enemigo puede contraatacar y retomar el terreno recientemente conquistado por la Iglesia. El «estar firmes» constituye el orden del día (Ef. 6:14) ya que de no hacerse así se abrirá una puerta trasera tan grande como la delantera y los que entraron volverán a salir, y las «aves del cielo» (Satanás y sus demonios) robarán la semilla que apenas está empezando a germinar, tal como lo explica la parábola del sembrador (Mr. 4:3-20). Este análisis valida la perspectiva de los conservadores.

Cada vez que la Iglesia falla en dar el giro de ataque a defensa, Satanás contraataca y recupera el terreno perdido. Tal fue el caso de la Iglesia en Gálatas. Pablo los reprende y les pregunta: «¡Oh gálatas insensatos! ¿Quién os fascinó para no obedecer a la verdad?» (Gá. 3:1). La palabra fascinó significa hechizó y como tal es una referencia directa a los efectos devastadores de un contraataque satánico. Cada vez que algo así ocurre, se requiere una movida de ataque dentro del perímetro de influencia de la Iglesia para eliminar el logro del enemigo. Y eso parece validar una vez más el enfoque carismático. Creo que porque la guerra espiritual incluye tanto características de ataque como de defensa es que Pablo la describe como una lucha. Una lucha requiere ambos componentes y la relación entre la Iglesia y Satanás y sus demonios es de una constante lucha.

Al transmitir mi pensamiento embrionario sobre este asunto con Cindy Jacobs, una querida colega en el ministerio, ella me hizo una pregunta que me ayudó a lograr una perspectiva más completa en

lo referido a este aspecto doble (defensa/ataque) de la guerra espiritual. Al explicarle a Cindy que la gente que era liberada de la tumba cósmica pasaba a ser parte de la Iglesia, sentándose con Cristo en los lugares celestiales, y que, en la medida en que la Iglesia se expande, <sup>166</sup> Que ninguno perezca las fuerzas de maldad están obligadas a retirarse por el avance de los pies de Cristo, cometí el error de enfatizar demasiado la postura defensiva a expensas de la postura de ataque.

En ese momento Cindy me dijo: «Pero Edgardo, si todo lo que hay que hacer es defender, ¿DÓNDE ENTRAN LOS INTERCESORES, **MIS** INTERCESORES?» Cindy es presidente y fundadora de «Generales de Intercesión» y en ese momento habló como un general cuya división estaba a punto de ser dada de baja. «Los intercesores juegan un papel vital dentro de la Iglesia hoy», agregó Cindy, «y a menudo llevan a cabo operaciones de ataque contra las posiciones del enemigo que son absolutamente necesarias para que la Iglesia permanezca en victoria». Finalizó con esta pregunta: «¿Dónde encajan los intercesores hoy si todo lo que hay que hacer es defender?» (Es interesante notar que en este concepto una de las definiciones de la palabra interceder es «interceptar»). Sin duda, Cindy tiene razón, mucha razón. Cada vez que el perímetro de la Iglesia resulta infiltrado por el enemigo, se deben conducir operaciones de ataque (véase Col. 4:12 y compáreselo con Fil. 4:2-3 y Ef. 6:19-20).

Tanto los carismáticos como los conservadores tienen razón, ya que ambos tienen en su mira uno de los dos diferentes lados de una misma moneda. Para poder ver toda la moneda se necesita lo que ambos contribuyen, **pero de forma integrada**. Creo que es por esto mismo que Pablo exhorta en Efesios 6:10: «*Por lo demás, hermanos, fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza*». En este versículo la conjunción «y» es la clave para poder comprenderlo ya que la inserción de esa conjunción en la mitad del versículo indica que las expresiones ser fuertes en el Señor y en el poder de su fuerza son dos cosas diferentes, aunque complementarias. La primera expresión parece indicar una actitud de defensa, ya que ser fuertes en el Señor implica fortalecernos en él, escondernos en él, morar en él. La segunda expresión, *el poder de su fuerza*, aunque está presente en la primera, parece enfatizar el aspecto militante del poder del Señor que se usa dentro de un contexto de lucha. Se refiere al poder de su fuerza obrando en nosotros y a través de nosotros a los efectos de derrotar a las fuerzas de maldad en las regiones celestes.<sup>4</sup>

Tradicionalmente la predicación del segmento conservador de la Iglesia ha enfatizado el «ser fuertes en el Señor», mientras que el sector carismático se ha especializado en destacar «el poder de su fuerza». Sin embargo, no es ni lo uno ni lo otro, sino ambos. Históricamente los dos grupos han tenido enfrentamientos generados por enojo, o que han producido mucho enojo, sin captar lo débil que resultan ambos en las áreas donde se creen más fuertes. Permítaseme ilustrar esto con un ejemplo.

En 1985 recibimos en la Argentina a uno de los expositores bíblicos

conservadores más brillantes de nuestro tiempo. La congregación que él pastoreaba tenía miles de miembros y más de cien estaciones de radio en todo el mundo transmitían su programa diario de enseñanza bíblica. Sus libros, mayormente de teología, han bendecido a multitudes. Viajamos con él a las principales ciudades, en las que pudimos ver miles de nuevos convertidos. Sin embargo, cada vez que veía una multitud de nuevas criaturas en Cristo, no dejaba de exhortarme, y a menudo regañarme, acerca de la necesidad de proveer mayor enseñanza bíblica. Eso era algo con lo que yo no tenía ningún problema, ya que creo firmemente en la necesidad de proveer a los nuevos convertidos la «leche no adulterada» de la Palabra de Dios que vive y permanece para siempre.

Sin embargo, casi de inmediato, comenzó a cuestionar la autenticidad de muchos de los ministros y ministerios a los que yo lo estaba introduciendo. La principal razón de su cuestionamiento era por no observar el tipo de predicación expositiva que él consideraba esencial para que esos ministerios fuesen válidos. Cuando yo le señalaba que muchos de esos ministerios habían existido por largo tiempo y que miles de creyentes testificaban acerca de la autenticidad de ellos, él insistía en que eso no era suficiente. Lo que hacía falta era más enseñanza, mucha más enseñanza bíblica.

Cuando yo subrayaba la riquísima vida de oración de esos creyentes, la que sin duda alguna era superior a la mía o a la suya, la descartaba debido a que consideraba que aquello representaba un ejercicio de emocionalismo fútil. Vez tras vez repetía como un grito de guerra: *«¡Enseñanza bíblica! Tiene que haber más enseñanza bíblica. ¡Esa es la clave!»*

Tanto escuchar prejuicios empaquetados con perogrulladas bíblicas, comenzó a molestarme. Soy graduado de «Multnomah School of the Bible» cuyo lema es: «Si quieres Biblia, entonces lo que quieres es Multnomah». Además fui ordenado al ministerio por el Dr. Ray Steadman, uno de los graduados más brillantes del Dallas Theological Seminary y pastor fundador de Peninsula Bible Church, en Palo Alto, California, uno de los baluartes de la teología fundamentalista de los Estados Unidos. Me considero un hombre totalmente comprometido con la Biblia y creo firmemente en la enseñanza bíblica como la base sobre la que se debe edificar a la Iglesia y sus miembros. Al notar que a mi huésped se le estaba yendo la mano, decidí ponerlo diplomáticamente en su lugar. Le pregunté: —¿Es la enseñanza bíblica la respuesta a todos los problemas espirituales? —Por supuesto» —me contestó. —¿Eres tú un maestro de Biblia? —le pregunté. —¡Claro que sí! —replicó. —¿Eres un buen maestro de Biblia? —le volví a preguntar. —Por la gracia de Dios, sí, lo soy —retrucó. —¿Entonces tu congregación es una de aquellas que ha recibido una buena enseñanza de la Biblia? —¡Por supuesto! —declaró con profunda y absoluta convicción.

—Pues si es así —agregué— ¿por qué no lo invitas a John Wimber a tu iglesia a enseñar en un seminario sobre sanidad divina?  
—¡Jamás! ¡Jamás! —me dijo sorprendido y casi furioso.  
—¿Por qué no?» —le pregunté con fingida inocencia.  
—Porque si Wimber viniese a mi iglesia confundiría a toda la congregación —declaró.

Entonces le dije sentenciosamente:

—Si la enseñanza bíblica es la respuesta a todos los problemas del mundo, y si tú eres un buen maestro de Biblia y si tu iglesia ha recibido una buena enseñanza de la Palabra durante más de veinte años... ¿cómo puede John Wimber arruinar todo eso en un solo fin de semana?

Se quedó mudo ante lo obvio de la contradicción. Eso ilustra que el área en la que se creía más fuerte podía también convertirse en el área de su mayor debilidad.

Lo mismo ocurre con los carismáticos, que se consideran eruditos en todo lo que se refiere a la persona y a los frutos del Espíritu Santo. Sin embargo, a veces se les escapa la liebre, como en el caso que voy a contar.

Una destacada líder carismática fue invitada a hablar en una iglesia bautista conservadora. Esa era la primera vez que alguien de sus características ocuparía el púlpito de una congregación tan conservadora. Apenas la predicadora se ubicó delante del micrófono, se puso a hablar en lenguas en voz alta. El pastor, que se había arriesgado tremendamente al invitarla, deseaba que la tierra se partiese y lo tragara. Acto seguido la predicadora empezó a dar palabras proféticas a algunos en las bancas. Eso nunca había ocurrido en aquella iglesia bautista y su efecto fue similar al de tirar cohetes en un velorio. Finalmente, la predicadora desplegó todas las herramientas en su banco de trabajo para poner en evidencia la «presencia» del Espíritu Santo. Por demás está decir que esa no fue la noche más feliz de aquella iglesia.

Cuando le pregunté a esa querida sierva del Señor por qué había hecho algo tan controversial en su primera visita, me respondió: «Es que estaba tan llena del Espíritu Santo que no me pude contener». ¿De veras?, me pregunté. No será que en realidad ocurrió exactamente lo contrario. Que esta «experta» en el Espíritu Santo estaba tan insegura acerca de su presencia y su manifestación que tuvo que <sup>170</sup> Que ninguno perezca «forzarle la mano» para convencerse a sí misma de que el Espíritu Santo estaba allí. De ser así, tal como el maestro de Biblia conservador, esta predicadora carismática evidenciaba una debilidad en el área en la que se consideraba a sí misma como muy fuerte. Por todo eso, la Biblia enseña que la única manera de minimizar nuestras debilidades y expandir nuestros puntos fuertes es que el cuerpo de Cristo esté «bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose (mutuamente) en amor» (Ef. 4:16).



El cuerpo humano tiene una complementación y compensación permanente entre sus miembros que hace que los más fuertes sean también los más débiles y viceversa; lo mismo ocurre en la Iglesia. Es así como los conservadores y los carismáticos llegan a ser muy fuertes en las mismas áreas donde los otros los consideran débiles. Por ejemplo, los carismáticos, a quienes los conservadores tienden a ver como inferiores en el área de exposición bíblica, tienen mucho más conocimiento bíblico que los conservadores en lo que se refiere a ángeles, milagros, dones del Espíritu y manifestaciones de poder. De la misma manera, los conservadores, a quienes muchos carismáticos perciben como débiles en el área de fe práctica, exhiben una fe mayor en la más difícil de todas las circunstancias: cuando Dios decide guardar silencio y contesta nuestros reclamos insistentes callando. Es decir, cuando Dios dice no en un contexto de crisis. Es por eso que, cuando nos encontramos en ese tipo de crisis, nos edifica escuchar la riqueza teológica conservadora que nos recuerda que Dios es Dios, ya sea que lo sintamos o no, ya sea que nos conteste o no. Obviamente nos necesitamos unos a otros porque somos todos miembros del mismo cuerpo y miembros los unos de los otros. Esto es así para que ningún miembro se gloríe a costa de otros. Somos absolutamente interdependientes.

## DA RESULTADO

En Ciudad Juárez, estado de Chihuahua, México, en el mes de mayo de 1993, más de cien pastores se arrepintieron públicamente de las divisiones que su enojo recíproco había causado en la Iglesia en la ciudad. Al terminar uno de nuestros seminarios, todos ellos pasaron al frente, se arrodillaron y se pidieron perdón unos a otros. Acto seguido, se dirigieron a la congregación que los estaba observando y le pidieron perdón por haber sido tan mal ejemplo para todos ellos. Después de eso se pusieron de pie, y muchos de ellos, con lágrimas en los ojos, se abrazaron en un claro despliegue de amor fraternal. En ese mismo momento se manifestaron el poder y la presencia de Dios y comenzaron a suceder sanidades espirituales, de alma y físicas. Eso fue el resultado directo de la sangre de Cristo fluyendo a través de todo el cuerpo sin los impedimentos creados por el enojo, y al así hacerlo, esa sangre limpió a la Iglesia de toda maldad.

Como resultado de ese acto de arrepentimiento, el equilibrio de poder fue alterado en las regiones celestes sobre Ciudad Juárez. A partir de ese momento, la Intendencia Municipal abrió sus puertas a la Iglesia, algo poco común en una ciudad tradicionalmente católica donde se los mira con sospecha perpetua a los protestantes, que para ellos representan al gobierno poco confiable de los gringos del norte. Este cambio en la atmósfera fue tan tangible que los creyentes del otro lado del Río Grande, en la ciudad de El Paso, Texas, lo notaron y comenzaron a desear lo mismo. Por esa razón, cuatro pastores de El Paso comenzaron a reunirse y a orar juntos. Cuando llegó el 29

de noviembre de ese año, esos cuatro pastores invitaron a todos los otros pastores a una reunión de reconciliación en el Centro Cívico de la ciudad. Yo era el predicador invitado. Esa tarde les pregunté cuánta gente esperaban y me dijeron que entre cincuenta y doscientas personas. Sin embargo, cuando las puertas se abrieron al público, casi dos mil creyentes, representando a la mayoría de las congregaciones en El Paso, tanto hispanas como norteamericanas, llenaron el auditorio. Apenas dio comienzo la reunión, el Espíritu de Dios empezó a tocar las vidas de los líderes.

A medida que los pastores se arrepentían públicamente en presencia de sus congregaciones, que los apoyaban, allí mismo se iban transformando muchas vidas. El gozo del Espíritu se puso muy en evidencia. Los pastores presentes notaron que se abría una amplia puerta para poder ganar a los perdidos. Al día siguiente, pastores norteamericanos e hispanos se reunieron para echar las bases de un plan para alcanzar a toda la ciudad de El Paso con el evangelio. Eso era algo que muchos habían deseado antes pero que nunca habían podido llevar a cabo. ¿Qué había pasado para que ahora todo ocurriera tan repentinamente? A través de la reconciliación entre pastores y congregaciones, el diablo perdió la jurisdicción que el enojo de ellos le había otorgado en las regiones celestes sobre El Paso. Cuando el Espíritu Santo llenó la Iglesia con su presencia, las fuerzas de maldad que otrora reinaban sobre la ciudad fueron forzadas a ubicarse bajo los pies de Cristo.

## FAVOR ANTE LOS OJOS DE LA CIUDAD

Algo similar ocurrió en la Argentina el 15 de noviembre de 1993 cuando, juntamente con la Iglesia de la ciudad de La Plata, convocamos a una reunión pública de oración en la plaza central. Inmediatamente se nos informó que las autoridades habían decidido no dar el permiso para esa reunión. Ante esto, todos nos sentimos tentados a dar lugar al enojo y a la frustración, demostrándolo hacia aquellos que se nos oponían.

La verdad es que la Municipalidad nunca había dicho oficialmente que no, pero tampoco había dicho que sí. Como decimos en una jerga popular: «Se hicieron los tontos». No dijeron ni que sí ni que no. Esa ambigüedad le brindaba a las autoridades municipales, conectadas muy íntimamente con los masones y con los elementos más reaccionarios de la curia católica, dos opciones muy ventajosas. En el caso de que nosotros decidiéramos hacer la reunión, podrían arrestarnos por llevar a cabo un acto público sin la debida autorización. Por el otro lado, si nosotros iniciábamos una demanda judicial en base a nuestros derechos civiles garantizados por la Constitución, ellos podrían argüir que nunca nos habían negado el permiso.

En casos como este, si se decide hacer la reunión sin contar con el debido permiso, se corre el riesgo de ser detenidos y de que los equipos sean confiscados. En vista de ello, y trabajando muy de cerca

con los pastores en La Plata, bajo el liderazgo operativo de Sergio Scataglini, un querido amigo y colega en el Señor, escogimos una estrategia que nos permitiría ser mansos como palomas (para no ser arrestados) y astutos como serpientes (para poder hacer la reunión pública de oración).

Esperamos a que se juntara suficiente gente como para hacer el arresto masivo imposible. Al fin y al cabo, ¡en un camión celular de la policía sólo caben unos pocos! Luego hicimos que los niños empezaran a cantar junto con los jóvenes. Eso nos permitió identificar a los policías infiltrados de civil, ya que estos no conocen nuestras canciones y en el caso de los pocos que las conocen, no las pueden cantar con el gozo del Espíritu. Era importante identificar a esos policías de civil porque ellos estaban allí para determinar quiénes eran los líderes y arrestarlos de inmediato, de manera que el movimiento quedase sin cabeza. A efectos de confundirlos, y bajo la guía de Sergio Scataglini, convertimos a la plaza en un circo de cinco pistas, cuya acción simultánea les impedía a los policías presentes identificar y consecuentemente arrestar al líder o líderes.

Finalmente, cuando hubo suficiente gente y adecuada distracción, alguien condujo el camión de sonido hacia el centro de la plaza, mientras un grupo de jóvenes desplegaba un cartel cruza calles proclamando el señorío de Cristo sobre la ciudad. De modo que, antes de que alguien pudiese contar hasta diez, había una reunión de oración en marcha ante los ojos atónitos de los infiltrados.

Apenas dio comienzo la reunión, Roger Mitchell, un pastor proveniente de Londres, Inglaterra, se acercó al palco. A través del sistema de altoparlantes pidió perdón por la masacre de cientos de marineros argentinos, todos ellos adolescentes, durante la guerra de las Malvinas, cuando Inglaterra hundió el buque «Manuel Belgrano» en aguas alejadas de la zona del conflicto bélico.

Acto seguido, un predicador norteamericano, Jeff Hammons, pidió perdón por la falsedad del general Al Haig, quien había sido el Secretario de Estado norteamericano durante la guerra de las Malvinas, que por un lado les dijo a los argentinos que estaba mediando mientras que por el otro les proveía secretos militares y apoyo bélico a los ingleses. Todo eso tocó un punto de mucha sensibilidad en el corazón de los oyentes, ya que más de mil adolescentes argentinos perdieron la vida durante ese conflicto.

En ese momento dramático, un pastor argentino se adelantó a perdonarlos, pero antes les pidió perdón por el hecho de que la Argentina había invadido las islas y así precipitado la guerra. Los tres, el inglés, el norteamericano y el argentino, se abrazaron sobre el palco. Fue un momento conmovedor. Parecía que todos los ojos de las casi tres mil personas presentes se habían llenado de lágrimas. Nadie había planeado eso. Fue el Espíritu de Dios el que tomó control del programa.

A partir de ese momento fue como si los cielos se hubiesen abierto y desde el palco se comenzaron a ofrecer plegarias fervientes a favor de la Iglesia Católica (la que había conspirado junto con la

Intendencia para negarnos el permiso), a favor del Papa, de los cardenales y de los obispos. Esas eran oraciones fervientes y bien intencionadas que representaban la más genuina expresión de «pagar con el bien el mal». Repentinamente, un grupo de católicos nacidos de nuevo vino corriendo desde el lado de la Catedral y su líder dijo: «Por favor, perdonen a la Iglesia que les ha hecho tanto mal. Perdónennos a nosotros». En ese momento, la multitud comenzó a aplaudir y a alabar a Dios mientras abrazaban y besaban a los recién llegados. ¡Qué momento más memorable y sanador!

Yo estaba parado en la parte trasera del palco observando todo eso, cuando sentí que alguien tironeaba de la bocamanga de mis pantalones. Cuando miré para ver quién era, me encontré con un desconocido que me pidió que me bajara porque tenía algo importante que decirme. Fue así como me encontré frente a frente con una persona que parecía muy bien educada y con todas las características de alguien acostumbrado a dar órdenes. Estrechó mi mano y me dijo: «Yo soy uno de los jefes de sección de la Municipalidad y me da vergüenza que les hayamos negado el permiso para un acto tan precioso como este». Luego agregó algo tremendo: «Soy ateo, pero me quiero arrepentir de parte del gobierno por lo que hemos hecho. ¿Me puede perdonar, tanto a mí como a los que yo represento?» ¿Te das cuenta lo que ese hombre dijo? «Yo soy ateo pero me quiero arrepentir»... ¡Un ateo arrepintiéndose! Sólo Dios puede hacer algo así. Cuando anuncié esto a la multitud, hubo otra explosión de gozo y de alabanza a Dios y una ola de poder divino barrió los lugares celestiales sobre la ciudad y todo quedó limpio.

A un lado del palco estaba la Catedral, con sus inmensas puertas cerradas y trabadas, como para subrayar su rechazo hacia nosotros. Del otro lado, el edificio de la Municipalidad, iluminado del lado de afuera, pero a oscuras en su interior. Los jefes y empleados se habían retirado temprano, quizás temiendo que nosotros los confrontásemos con su acto vil y cobarde. Ese día, hombres impíos, tanto seculares como religiosos, habían conspirado para tornar la plaza en una expresión de rechazo. Pero el pueblo de Dios alzó la bandera de Cristo en el centro mismo de esa plaza y al bendecir a los que lo maldecían logró que todo lo que el maligno había planeado para mal ¡Dios lo usase para bien!

Lo que allí ocurrió fue una parábola viviente de reconciliación. Primero con el tema de los ingleses, los norteamericanos y los argentinos en el contexto de una guerra fea y sucia. Luego con los católicos y los oficiales públicos que habían conspirado contra los creyentes. Lo que ocurrió ese día fue una versión contemporánea de lo que se describe en el libro de Hechos 4:13 donde se nos dice que los presentes «se maravillaban» (de la Iglesia).

Luego de las reconciliaciones, Cindy Jacobs comenzó a orar por los enfermos y muchos fueron sanados, incluyendo algunos inconversos. A continuación, se hizo una invitación para recibir a Cristo y varios lo hicieron. A medida que se seguía ministrando a la gente, una segunda

ola de público se arrimó al palco. Y yo, siendo un evangelista, no pude resistir la tentación de hacer una segunda invitación para que ellos también recibieran a Cristo. Muchas manos se levantaron y más gente oró la plegaria del pecador arrepentido. De repente, personas que habían estado en la periferia de todo esto, se acercaron al palco. Hubo gente que había estado observando la reunión desde el balcón de su departamento, ubicado frente a la plaza, y ahora bajaba y se paraba frente a la plataforma. ¡Fue algo tremendo! Y todo eso ocurrió porque reclamamos en los lugares celestiales la autoridad que nos correspondía sobre la ciudad al eliminar las jurisdicciones que le habíamos concedido al diablo a través del enojo no resuelto. Eso hizo que la Iglesia inmediatamente recuperase su lugar de señorío sobre las fuerzas del mal. Por lo tanto, no podemos enfatizar lo suficiente la realidad de los lugares celestiales y la importancia de recuperar el control sobre ellos. Cada vez que escoges permanecer enojado, estás invitando a las fuerzas del mal a invadir una jurisdicción que debería estar bajo tu control. Y esas fuerzas de maldad tienen un solo objetivo: matar, hurtar y destruir; y tú serás la primera víctima. ¡Cuidado! Si hay enojo en tu corazón, ¡el gatillo puede ser tu propia lengua!

*«... Pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal. Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así. ¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga? Hermanos míos, ¿puede acaso la higuera producir aceitunas, o la vid higos? Así también ninguna fuente puede dar agua salada y dulce»* (Stg. 3:8-12).

## LA HERENCIA

Si hoy recibieras un llamado telefónico avisándote que has heredado una fortuna, ¿qué es lo que harías? Creo que lo primero sería tomar posesión de la herencia, de manera que pasara a ser legalmente tuya. En segundo lugar, depositarías el dinero en un lugar seguro para que nadie te lo robara. Y por último, la empezarías a disfrutar y a invertir sabiamente para que se multiplicara y de ese modo nunca se acabara. En Efesios 1:18 vemos que Pablo ora para que los ojos de nuestro entendimiento sean abiertos para que sepamos *«cuáles [son] las riquezas de la gloria de su herencia en los santos»*. Eso significa que la herencia de Dios está representada por los santos y que cada creyente es una partecita de ese gran tesoro que en su totalidad representa su herencia. Si esto es así, entonces cada vez que me cruzo con un creyente, me encuentro con una parte de esa herencia maravillosa. Desafortunadamente, lo opuesto también es verdad: cada vez que algo se interpone entre un creyente y yo, al punto de

que nuestra comunión se interrumpe, dejo de gozar de una parte de la herencia de Dios.

Si alguien te informara que has heredado una fortuna, una de las primeras preguntas que harías sería a cuánto asciende esa fortuna. Y el albacea oficiante te diría cuánto es. De la misma manera es posible para nosotros llegar a conocer la totalidad de esta herencia divina. Nótese que en Efesios 3:16 se hace referencia a «*las riquezas de su gloria*». Esta expresión es la misma que la usada en Efesios 1:18 para introducir el tema de la herencia de Dios en los santos. Efesios 3:16 es el contexto para Efesios 3:18, donde se explica claramente cuán grande es nuestra herencia. Allí se dice qué es lo que se requiere para que todos los santos puedan comprender algo que tiene altura, anchura, profundidad y largura. ¿Qué es eso? Y aunque el pasaje no lo dice explícitamente, es perfectamente razonable suponer que se trata de «la plenitud de Cristo en la Iglesia» mencionada en Efesios 1:23 y de nuevo en Efesios 3:19. De allí que para obtener esa plenitud se requiere la participación de todos los santos.

## INTERACCIÓN ENTRE POSICIONES EXTREMAS

Para poder ver la plenitud de Cristo en la Iglesia, y así llegar a apreciar la totalidad de la herencia en los santos, se requiere la participación de todos los santos. Es a través de todos ellos que Cristo la expresa. Para poder ganar una ciudad para Cristo es necesario recomponer la unidad de la Iglesia, ya que esa unidad, de acuerdo con la oración sacerdotal de Cristo en el Evangelio según San Juan 17, es el requisito previo para que el mundo crea. Es por eso que se necesita a toda la Iglesia para poder predicar todo el evangelio a toda la ciudad.

Cuando visito una ciudad por primera vez, procuro averiguar quiénes son los dos líderes que sustentan las posiciones más extremas. Esa información me permite conocer la anchura de la brecha que es necesario cruzar. Contrariamente a lo que la mayoría de la gente cree, no es imposible, ni siquiera difícil, hacer que esos extremos se unan y trabajen juntos. La razón es que cuando dos extremos se combinan... ¡se cancelan entre sí!

De allí que lo más peligroso para un extremista sea estar aislado, especialmente si cuenta con un programa de radio, una computadora con impresora y un contrato para escribir un libro criticando a aquellos con los que no está de acuerdo. Es en ese aislamiento donde puede concebir una interpretación absolutamente subjetiva y prejuiciosa de lo que sus «opositores» creen y practican. Sin embargo, cuando esa persona se encuentra en un retiro de pastores en el que tiene que compartir dormitorios, almuerzos y momentos de camaradería con otros consiervos, la rigidez de sus prejuicios pronto empieza a cambiar. En ese ambiente de intensa interacción personal, aquel extremista ya no puede decirle a su pasiva computadora lo que sus opositores creen. Ahora él los tiene delante suyo y debe escuchar sus voces. Del mismo modo, ya no puede tener

una conversación unilateral con el micrófono con el que graba su programa de radio. Ahora cuando habla y da una opinión tiene que escuchar la opinión de sus interlocutores, aunque más no sea por cortesía. Al estar en estrecha proximidad física con otros, deja de tener la oportunidad de pasar sentencias y dictámenes absolutistas sobre aquellos a los que no tolera. La cosa empieza a cambiar, ya que tanto él como los otros tienen el mismo Espíritu dentro de ellos y ese Espíritu habla a sus corazones. Además, cuando todos los líderes de una ciudad se reúnen a tener comunión, esa reunión representa la suma total de la herencia de Dios en esa localidad. Y cuando un extremista ve lo mucho que ha estado desechando al aislarse, de inmediato pasa a ver su aislamiento como lo que es: ¡una estratagema del diablo para privarlo del resto de la herencia de Dios! Por eso es que el diablo está tan interesado en que los líderes, y consecuentemente sus congregaciones, no tengan comunión.

En un retiro de pastores que me tocó moderar había dos líderes prominentes que siempre habían sostenido posiciones opuestas. Eso hizo que ambos se distanciaron al punto de expresar reiteradamente el disgusto que tenían el uno hacia el otro. Durante el almuerzo del primer día, uno de ellos estaba sentado conmigo cuando el otro se detuvo a hacerme un comentario. No se saludaron y ambos se ignoraron. Era tal la tensión alrededor de esa mesa que el aire se podría haber cortado con un cuchillo. Sin embargo esa tarde, durante la oración, ambos se encontraron orando en voz alta en la misma sala.

Cuando clamaron pidiendo que Dios mandara un avivamiento, ambos escucharon al otro describir lo mismo desde una perspectiva diferente. Durante el tiempo de testimonios que siguió a continuación, alguien dio gracias a Dios por los líderes de la ciudad y los nombró a ellos. Finalmente esa noche, cuando todos se reunieron alrededor de la mesa del Señor a participar de la Santa Cena, el Dr. Joe Aldrich, que estaba moderando la reunión, sugirió que fuésemos de a dos a participar de los elementos. Para sorpresa de todos, estos dos líderes pasaron juntos, se arrodillaron, oraron el uno por el otro y con profusas lágrimas participaron de la Cena del Señor **¡juntos!** Cuando uno junta dos extremos... estos se cancelan mutuamente.

## VOLVER AL JARDÍN DE INFANTES

Pablo les recuerda a los ministros (apóstoles, profetas, evangelistas y pastores-maestros) algo tan básico que da la impresión de que los está mandando de vuelta al jardín de infantes. Dice Pablo: *«Hay un cuerpo y un Espíritu... una esperanza... un Señor, una fe, un solo bautismo y un solo Dios y Padre de todos»*... (Ef. 4:4-6). ¿Por qué enfatiza Pablo algo que resulta tan obvio? Descubro dos razones para ello.

La primera tiene que ver con la diferencia de perspectiva que estas cuatro categorías de líderes tienen y que puede hacer que lleguen a dudar de algo tan obvio como lo que Pablo menciona: pertenecer al mismo cuerpo y servir al mismo Dios. Por ejemplo, el foco de

atención de un apóstol está en echar los cimientos de la Iglesia en una ciudad o región. De allí que el apóstol trate de ser lo más amplio y profundo posible, porque esa amplitud le permitirá a la Iglesia establecerse sobre toda la zona. Por el otro lado, el foco de atención del profeta está en exponer y denunciar el pecado en la Iglesia. De ahí que a menudo, luego de que el apóstol ha echado el cimiento de la Iglesia, ¡y cuando el cemento está todavía fresco!, el profeta encuentra algo fuera de lugar y demanda que se lo arregle... ¡aunque aquello requiera dismantelar el cimiento! Por lo que, si se olvidaran que son parte de un mismo cuerpo, que tienen un mismo Señor y que operan bajo un mismo Espíritu, en vez de construir, destruirían la obra del otro.

Para el evangelista el ruido y el desorden son parte integral del trabajo y la reunión ideal se parece más a una terminal de ómnibus durante la hora pico de actividad que a la calma y ordenada clase de escuela dominical que constituye el modelo de un maestro. Para un evangelista, el ruido es bienvenido en cualquier momento, especialmente el ruido de una multitud pasando al frente para recibir a Cristo. Para el maestro, el único ruido del que puede disfrutar de verdad es el ruido de las carpetas cada vez que se abren para que alguien saque una hoja en limpio en la cual tomar más notas. Cuando el evangelista y el maestro se juntan existe una gran posibilidad de que no se entiendan. Y es por eso que Pablo les recuerda a estos dos que ambos han sido *«llamados en una misma esperanza de vuestra vocación»* (Ef. 4:4).

Si estas cuatro categorías de ministros: apóstol, profeta, evangelista y pastor-maestro, dejaran de percibir la interdependencia que deben tener, en vez de *«perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo hasta que todos lleguemos a la unidad»*... (Ef. 4:12-13), destruirían el cuerpo de Cristo. La segunda razón por la que se exhorta a los líderes a recordar que hay un solo cuerpo, un solo Señor, una sola fe, una sola esperanza, es porque toda división que ocurre en el cuerpo de Cristo siempre es causada por un líder y no por un seguidor. Y lo que es peor aún, hay líderes separatistas y exclusivistas que consideran el causar divisiones como algo bueno y deseable, ya que según ellos, eso purifica la grey. Lo que no alcanzan a discernir es que al dividir el cuerpo de Cristo caen en las manos del diablo y le conceden jurisdicciones en las regiones celestes desde las cuales él controlará a la Iglesia y a la ciudad.

## EL TÚ CONTRAPUESTO AL VOSOTROS

Este énfasis en la unidad y la interdependencia es difícil de captar en el mundo occidental por dos razones. La primera es porque nuestra cultura es individualista. Se nos enseña a pensar en términos de «yo» en vez de «nosotros». Esto se complica aun más porque nuestra teología original ha sido concebida en países de habla inglesa y el idioma inglés tiene una tremenda limitación en lo que respecta al pronombre



«you» (tú). En inglés se usa la misma palabra («you») para referirse tanto a uno como a muchos. De allí que el fuerte individualismo que caracteriza a las culturas de estos países que nos dieron la teología básica hace que al leer «you» en la Biblia se lo interprete automáticamente como singular. Eso resulta en una interpretación individualista de las Escrituras. Por ejemplo, cuando se lee «you» en Efesios, la mente de inmediato computa «tú» y no «vosotros» como es la intención de la epístola y eso produce interpretaciones contrarias a la intención original de la epístola.

Por ejemplo, tomemos la expresión *«para que os dé... el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu»...* (Ef. 3:16). La interpretación más popular de este hombre interior es la idea de que todos tenemos dentro de nosotros, individualmente, un «hombre interior». Es por eso que cuando lo queremos ilustrar, dibujamos un corazón con una esfera dentro de él, a la que denominamos el hombre interior, mi hombre interior. Sin embargo, lo que este pasaje enseña es exactamente lo opuesto, ya que presenta la idea de un hombre interior colectivo. Un hombre interior que se aprecia cuando todos los miembros del cuerpo operan en conjunto porque cada miembro es una partecita de ese todo colectivo. En el mundo occidental, al no entender esta dimensión colectiva, nos preocupamos por asegurarnos de que «nuestro» hombre interior esté bien, sin discernir que la condición de «mi» hombre interior es la misma que la de la Iglesia de la que soy parte. Es imposible separar el «yo» del «todo». Como cuando se pincha un globo, si uno solo de los miembros anda mal, la totalidad de lo que somos se echa a perder.

En la concepción paulina del hombre interior colectivo, si uno de los miembros «se pincha», todo el globo se desinfla. De allí la importancia de entender y practicar que hay una sola Iglesia en la ciudad. Si una de las muchas congregaciones que la componen tiene problemas, la Iglesia pasa a tener problemas también porque *«somos miembros los unos de los otros»*. La expresión máxima de la unidad de la Iglesia en la ciudad es la que se expresa a través de todos sus miembros operando en armonía. Esto no quiere decir que no haya responsabilidades individuales en la Iglesia. Claro que las hay. Pablo habla mucho de eso, en especial en sus epístolas a Timoteo y Tito.

Lo que no debe ignorarse es la diferencia entre la esfera de influencia personal y la colectiva, y la esfera de autoridad acordada a cada una de estas dos dentro del contexto de la Iglesia en la ciudad. Por ejemplo, una persona soltera tiene autoridad sobre su vida pero no sobre la vida de su prójimo. Un padre y esposo tiene autoridad sobre su esposa y sus hijos pero no sobre la familia del vecino. Lo mismo ocurre con respecto a la esfera de influencia de una congregación local. Esa esfera abarca a toda la membresía. Ahora bien, cuando se trata de ejercer autoridad espiritual sobre la ciudad, se requiere la participación de toda la Iglesia en esa ciudad y esa Iglesia es la suma de todas las congregaciones de la ciudad. Por eso es que se requiere una Iglesia victoriosa en todas sus esferas de influencia, ya que la clave

para tomar la ciudad es el control de los lugares celestiales que dominan sobre la ciudad. Cuando la Iglesia camina en unidad, expresando la plenitud de Cristo, se desplaza a las fuerzas del mal de los lugares celestiales y deben permanecer bajo los pies de Cristo. Cuando eso ocurre, la Iglesia pasa a tener el control de los lugares celestiales.

De acuerdo con lo que el Señor Jesús expresó en Juan 17, es este tipo de unidad la que permite que el mundo crea. No es una casualidad que la expresión «y el Señor añadía cada día a la Iglesia aquellos que habían de ser salvos» (Hch. 2:47) aparezca en el contexto del mayor grado de unidad jamás alcanzado por la Iglesia. En aquél momento de la vida de la iglesia primitiva, la plenitud de Cristo había alcanzado su punto máximo y consecuentemente la influencia del diablo sobre los perdidos, su punto mínimo.

Nótese que en la epístola a los Efesios, el tema de la unidad transita de lo general a lo particular. En el capítulo dos se habla de la unidad étnica (judíos y gentiles). De allí pasa primero a la unidad entre todos los santos dentro de la Iglesia, en el capítulo tres, y luego a la unidad entre todos los ministros, en el capítulo cuatro. Esto es seguido por la unidad en el matrimonio, en el capítulo cinco, para culminar con la unidad dentro de la familia y finalmente en el lugar de trabajo, en el capítulo seis.

Por consiguiente, Pablo no presenta el tema de la guerra espiritual hasta mediados del capítulo seis, porque antes era necesario que echara el cimiento para esa unidad creciente. La Iglesia no está en condiciones de enfrentar a las fuerzas de maldad hasta que no ha experimentado la reconciliación en todos esos niveles con la resultante unidad. Ignorar esto es convertirse en un candidato al suicidio espiritual. Quizás hayas oído gente expresarse en los siguientes términos: «Yo no quiero oír hablar de guerra espiritual ya que desde que me involucré en ella mis problemas han aumentado y las cosas me van peor que antes. ¡No quiero tener nada que ver con la guerra espiritual!» ¿Por qué hay personas que piensan así? Una posibilidad es que esas personas se hayan apresurado a embarcarse en la guerra espiritual descrita en el capítulo seis sin antes efectuar la restauración de la unidad mencionada en los capítulos anteriores. En todo conflicto bélico, antes de avanzar debemos consolidar nuestras posiciones en los flancos y en la retaguardia. Del mismo modo, procurar confrontar a «*las fuerzas de maldad en las regiones celestes*» con una Iglesia dividida es cometer suicidio espiritual. El enemigo triunfará porque nosotros le hemos dado, a través de nuestra desunión, un lugar de poder en las regiones celestes. Restaurar la unidad es un factor *isine qua non!*

En conclusión, todos los desafíos que la Iglesia enfrenta hoy son, en esencia, manifestaciones naturales de problemas espirituales. Por eso mismo es esencial comprender la realidad de los lugares celestiales, ya que es allí donde esos problemas tienen su raíz y es allí donde se los debe confrontar y derrotar. La Biblia es bien clara en cuanto a la razón por la que los inconversos no han respondido

aún al evangelio. Es porque el dios de este mundo (Satanás) los ha cegado para que no les resplandezca la luz del evangelio (2 Co. 4:4) Esta ceguera no es natural sino espiritual. De allí que para que puedan «pasar de las tinieblas a la luz» debemos encontrar la manera de abrirles los ojos. Sin embargo no podremos abrirles los ojos sin antes tomar autoridad sobre las fuerzas del mal que los están cegando. Y no podremos ejercer nuestra autoridad sobre las fuerzas del mal sin primero desarticular las jurisdicciones que nosotros mismos les hemos entregado a través del enojo no resuelto, con su resultante pérdida de unidad.

Los problemas que nuestra sociedad enfrenta hoy son intrínsecamente espirituales. El aborto, la homosexualidad, la violencia, el prejuicio racial son problemas espirituales encubiertos por un cascarón humano. Es por eso que debemos enfrentar al enemigo —el único enemigo que tenemos: Satanás— en el campo de batalla llamado los lugares celestiales ya que ese es el único lugar en el que nuestras armas, poderosas en Dios, producen el efecto deseado. Recordemos que si enfrentamos nuestros problemas únicamente en la dimensión natural (por ejemplo, la homosexualidad, el aborto, el humanismo secularizador) vamos a terminar respondiendo con enojo, y al hacerlo le concederemos al diablo una jurisdicción desde la cual controlarnos. El campo de batalla está en los lugares celestiales y es allí donde se define el conflicto con las fuerzas del mal por el control de nuestras ciudades.

## RESUMEN

- 1.- El campo de batalla está en los lugares celestiales.
- 2.- El que controla los lugares celestiales, gana la guerra.
- 3.- La Iglesia debe tomar su posición en Cristo en los lugares celestiales y defenderse del contraataque satánico.
- 4.- El contraataque de Satanás procura fragmentar la unidad de la Iglesia a través del enojo no resuelto entre sus miembros. Eso crea jurisdicciones en las que el diablo logra autoridad, porque la Iglesia se lo delega. Si se pierde la unidad de la Iglesia, su credibilidad y la eficacia de su mensaje se ven neutralizados.
- 5.- Eliminar esas jurisdicciones es el primer paso en el proceso para que la Iglesia logre el máximo potencial de modo que pueda alcanzar las ciudades para Cristo.